

EXTRACTOS Y CONTRIBUCIONES

I

El Desarrollo de las Culturas, a Propósito de una Obra Recentísima (*)

En rigor de verdad, la escuela etnológica 'histórico-cultural' ha producido hasta la fecha una sola exposición de sus resultados que pueda considerarse completa: la *Etnología* de F. GRÄBNER, en el tomo *Antropología*, Leipzig y Berlín, 1923, que forma parte de la gran serie *Die Kultur der Gegenwart* (La cultura de la Actualidad). Como sucede a menudo con publicaciones de obras colectivas, este espléndido trabajo halló poca consideración entre el público. La síntesis mucho más extensa de SCHMIDT Y KOPPERS es anticuada en muchas partes, pues sus comienzos se remontan al año 1924. Debemos lamentar que la escuela vienesa no haya realizado otro esfuerzo al respecto. KUNZ DITTMER, que ahora nos ofrece una obra de conjunto sobre etnología general, está en conexión con la rama de Francfort de la escuela histórico-cultural. Es la suya una empresa atrevida y merece respeto por eso.

El libro está dividido en cuatro capítulos principales, cuyos títulos son: I, Historia, tarea y método de la etnología; II, Fuerzas formativas de la vida étnica; III, Formas de cultura y IV, Desarrollo de la cultura. El apéndice abarca una bibliografía de 299 publicaciones, un índice de las ilustraciones con indicación del origen, una explicación de las palabras técnicas y un registro de nombres y materias.

Los dos primeros capítulos son muy cortos (pp. 4-35) y no faltan algunos puntos sobre los cuales se podría discutir con el autor (por ejemplo, su errónea apreciación del rendimiento científico de la Edad Media). Pero debemos reconocer que se esmera por hacer justicia a las distintas tendencias y escuelas metodológicas que competen en el campo de la etnología.

Las exposiciones históricas comienzan en el tercer capítulo (pp. 36-133). Se ordenan en cinco acápite: economía, sociedad, creencias, arte y ciencia.

(*) DITTMER, KUNZ: *Allgemeine Völkerkunde. Formen und Entwicklung der Kultur*. Friedrich Vieweg & Sohn, Braunschweig, 1934. 314 páginas, 24 láminas, 89 figuras, 8vo.

Constituyen un tratado de genealogía sistemática de las distintas realizaciones culturales. Las lagunas de nuestro saber al respecto son enormes, y no hay posibilidad de franquearlas sino mediante hipótesis más o menos fundadas; es inevitable que en ellas las opiniones subjetivas desempeñen un papel importante. Eso no puede censurarse, pues cuando el material empírico y la observación directa terminan, ocupan su puesto la combinación y la deducción, y cada idea metódicamente desarrollada tiene el mismo derecho científico que las demás. Pero, de todos modos, la base de la investigación con mira genética corresponde a la cronología. Tengo la impresión que el autor no cumple siempre lo suficiente con esta exigencia metodológica; por eso su reconstrucción de los procesos civilizadores no tiene, en muchos casos, fuerza persuasiva. En general, es una falta del autor presentar primero las explicaciones sobre las formas de cultura, o sea los rendimientos culturales, y más tarde, en el capítulo cuarto, la historia de las grandes unidades culturales; sólo en este último aparece el aparato cronológico en el cual el autor asienta sus formulaciones acerca de la morfología genética.

Por cierto, su sistema no carece de debilidades, una de las cuales discutiremos inmediatamente. Se trata del empleo inadecuado y además oscilante del término *Wildbeuter* (que no tiene traducción al castellano, pero que alude a los hombres que adquieren su nutrición mediante los métodos más primitivos, o sea, por recolección y caza efectuadas cada día, sin economía de provisión). Esta expresión fué creada por FRITZ KERN en su libro *Die Anfänge der Weltgeschichte* (Los comienzos de la historia mundial), Leipzig y Berlín, 1933, para caracterizar el período más antiguo de la cultura humana, es decir, de cazadores inferiores. Fué bien aceptado entre los especialistas en etnología y prehistoria, pero muchos de ellos hicieron ilícitamente extensivo este término a todos los cazadores —inferiores y superiores— y causaron con ello una gran confusión. Dittmer incurre en el mismo error, aunque en la página 138 proponga —muy inconsecuentemente— la palabra *Wildbeuter* como sinónimo de cazadores inferiores. Tras esta desorientación nomenclatoria se oculta, desgraciadamente, otra mucho más grave de carácter clasificatorio o taxonómico, ya que la fusión de los cazadores inferiores y superiores importa la confusión del Protolítico (o Paleolítico inferior) con el Miolítico (o Paleolítico superior). A pesar de que el autor no adhiere a la opinión que los cazadores inferiores y superiores no deben distinguirse —como puede deducirse claramente del capítulo cuarto—, en el tercero los confunde a menudo bajo el nombre común de *Wildbeuter*, con gran daño para la genética. Eso se manifiesta, por ejemplo, en su enfoque del problema del monoteísmo primordial que, además, es muy unilateral. Dice (página 101), que la teoría respectiva del P. SCHMIDT ha sido desvirtuada varias veces. La verdad es, en cambio, que se hicieron objeciones contra ella, pero sin poder refutar realmente sus argumentos. Citaremos solamente las palabras que FRITZ KERN escribió en su libro póstumo *Der Beginn der Welt-*

geschichte (El comienzo de la historia mundial), Munich, 1953, página 114: "Una creencia en un solo Dios de la índole descrita, pertenece a la capa cultural etnológicamente más antigua... BIRKET-SMITH no quisiera reconocer como monoteísmo esta creencia en un Dios cuando aparece entre cazadores inferiores que además de un Ser supremo conocen otros seres suprahumanos. Ahora bien, no queremos imputar a los cazadores inferiores ningún 'ismo'. Sin embargo, allí donde espíritus, héroes culturales, primeros padres, etc., se consideran creados por un Ser supremo y le están subordinados, sin ser adorados como él, existe ciertamente la creencia en un solo Dios. Del mismo modo el monoteísmo es compatible con el cristianismo y el islamismo, a pesar de los múltiples seres espirituales de inferior categoría. ¿Cómo sería posible la formación de un politeísmo en una capa cultural que tampoco entre los hombres reconoce forma alguna de dependencia, clases, señoríos y jerarquías, sino la familia con el padre al frente como unidad más fuerte?... A los méritos impercederos de las verificaciones del P. Schmidt, que han convencido a todo escéptico sincero de la gran difusión y la alta antigüedad del monoteísmo, pertenece también la comprobación circunstanciada de que el monoteísmo primordial decae en todas las capas culturales subsiguientes, mientras se conservó relativamente puro entre los pueblos pastores". Cabe añadir que la apologética cristiana, en contraste a lo que se ha afirmado muchas veces, no tiene interés vital en la existencia del monoteísmo primordial, la que, en cambio, implica un grave problema para el naturalismo y materialismo.

El capítulo cuarto, sobre el desarrollo cultural, ocupa la parte más extensa e importante del libro (pp. 136-277). Comienza con formulaciones generales, en parte poco acertadas. El autor dice que "así como la transformación somático-biológica desde el animal al hombre, también la espiritual puede haberse realizado solamente de manera muy paulatina". No creo que una sentencia tal corresponda a las ideas modernas, que más bien tienden hacia mutaciones de carácter espontáneo y brusco. Lo que explica acerca del problema de la cultura primordial es a veces —por lo menos para mí— poco entendible. Se hace notar otra vez, de manera desfavorable, la inseguridad terminológica del autor con respecto a los cazadores inferiores y superiores. Habla una vez, correctamente, de las "culturas tempranas" de los *Wildbeuter*, designándolas como próximas a la cultura primordial, otra vez y hasta recurriendo al término *Primär-Kulturen* del P. Schmidt—, de la existencia de culturas cazadoras posteriores; sin embargo, en otro lugar vuelve a denominar simultáneamente *Wildbeuter* a los indios de las Praderas y de la Pampa, cuya cultura seguramente no está próxima a la primordial. El autor asevera que la especialización cultural de los pigmeos evidencia "su edad histórico-cultural más reciente"; se puede deducir de ello que no comprende la diferencia fundamental entre la edad histórico-cultural de una unidad cultural y las peripecias menores de su desarrollo, o sea, entre los conceptos

de cronología del nivel o fase y cronología absoluta. Los pigmeos en relación a la primera continúan siendo cazadores inferiores o *Wildbeuter*, muestren o no una especialización posterior.

En la opinión del autor, la cultura primordial (o sea de los cazadores inferiores), no llegó a América. Esta equivocación tiene su origen en los errores de ciertos etnólogos americanos, que bajo el nombre de "culturas marginales" confunden tres complejos culturales completamente distintos: los cazadores inferiores, los superiores y los cazadores-plantadores. En realidad, en ningún continente existen residuos de la relativa cultura primordial en mayor número que en América, hecho que se explica por condiciones de historia y geografía. Por lo demás, las protoculturas —término muy apropiado introducido por Imbelloni— están representadas en América también arqueológicamente, pero no fueron reconocidas hasta hace poco a raíz de las ideas preconcebidas de la escuela de Hrdlička. El cambio que se efectuó en los últimos años también en esta rama de la prehistoria americana es casi desconocido hasta la fecha en Europa. Por cierto, la opinión del autor que los indios canoeros de Tierra del Fuego occidental pertenezcan a los cazadores superiores, nunca fué sostenible; el patrimonio protocultural se conservó en parte mejor entre ellos que entre los pigmeos, gracias al extraordinario aislamiento que gozaron en el extremo sur de América.

Dentro de los cazadores superiores hace el autor una diferenciación cronológica, distinguiendo cazadores que se valen solamente de la lanza y otros que utilizan armas arrojadas más evolucionadas, como el propulsor y el arco. Esta teoría no me parece suficientemente fundada. La presunción del autor que el propulsor tenga su origen en el Este del viejo mundo (por no existir en el Oeste), pasa por alto el hecho que los más antiguos representantes de este dispositivo se hallan, precisamente, en el Paleolítico superior de Francia; mientras que los numerosos yacimientos miolíticos más orientales, hasta Siberia, no rindieron un solo ejemplar. Por cierto, puede ser, y hasta es probable, que este asombroso fenómeno se explique por el empleo de madera para su confección en las zonas orientales. El autor no menciona que los cazadores superiores más antiguos de América no poseían el arco, pero sí el propulsor. Este y otros indicios sugieren la división de los cazadores superiores en un grupo con lanza y propulsor que ocuparon las grandes estepas euroasiáticas hasta los estrechos de Bering, y otro con el arco en la zona subártica de Europa y Siberia noroccidental. En sus minuciosas investigaciones sobre la clasificación cultural del Miolítico, ante todo en el artículo *Nordasiatisch-europäische Urzeit in archäologischer und völkerkundlicher Sicht* (Prehistoria nordasiática-europea desde el punto de vista etnohistórico), en "Studium Generale", Berlín, 1954, VII, pp. 194-204, también K. J. NARR llega a una semejante bipartición de las culturas cazadoras, aunque la existencia del arco, por de pronto, no puede evidenciarse arqueológicamente en el Miolítico subártico temprano, pero sí hacia su final. Con todo

esto nos hallamos más o menos en el mismo punto de conocimientos al que yo llegué en 1931, cuando distinguí las culturas miolíticas de lascas y de hueso. No tiene importancia si se quiere mantener el término "cultura de hueso" que fué creado por investigadores escandinavos y adoptado por mí en razón de la abundancia de artefactos óseos en las ramificaciones epimiolíticas de este complejo; una cierta inclinación al empleo del hueso como materia prima la anota también Narr, ya para las etapas más antiguas del grupo subártico. Sin embargo, lo fundamental es la verificación de la existencia de dos distintas unidades culturales miolíticas de carácter cazador en Eurasia central y septentrional. El contenido cultural y el desarrollo del Miolítico de hueso subártico, es todavía poco conocido, por los grandes obstáculos exteriores que se oponen a su investigación. Empero, sabemos mucho acerca de sus etapas más tardías y epimiolíticas europeas que permiten ciertas conclusiones acerca de los antecedentes. Podemos atribuirle no solamente el arco, sino con toda probabilidad también la invención del trineo. Dittmer lo considera como una creación de la cultura megalítica del Asia sudoriental; pero su conjetura no solamente carece de la más mínima huella de comprobación, sino que es desmentida otra vez por los hechos arqueológicos, pues tenemos hallazgos de patines de trineos en la zona subártica que se remontan al temprano *Ancylus* (unos 7000 años a. C.). LUHO, en su artículo *Ueber steinzeitliche Verkehrsmittel in Finnland* (Sobre medios de comunicación de la Edad de la Piedra en Finlandia), en "Acta Archaeologica", tomo XIX, Copenhague, 1948, p. 115, presume, con toda razón, que la invención del trineo ya fué realizada en el Miolítico.

Al frente de las culturas plantadoras, pone Dittmer los cazadores-plantadores. El párrafo respectivo es muy bueno. Rechazo solamente la afirmación del autor que este ciclo cultural no haya sido observado hasta la fecha. Corresponde al gran complejo llamado *Zweiklassenkultur* (cultura de las dos clases matrimoniales) por GRÄBNER y SCHMIDT, cultura de los plantadores primitivos por KERN y MENGHIN, cultura de la azada por IMBELLONI, aunque la definición de su contenido, tal vez tenga que modificarse en uno u otro punto. El autor acentúa, oportunamente, que los cazadores-plantadores alcanzaron también América, lo que los etnólogos norteamericanos han descuidado. Atribuyen representantes tan característicos de esta cultura, como los Ge, a su mal defendido grupo de las "tribus marginales". Desde hace largo tiempo yo mismo demostré la relación entre los plantadores más primitivos y la cultura miolítica del hacha de mano, que floreció también en muchas partes de América (la última vez en RUNA II). Si los etnólogos y americanistas un día se familiarizaren con este hecho, hallarían la solución de muchos problemas.

Otro capítulo satisfactorio es el de los plantadores de tubérculos —que corresponden a los ganaderos de cerdos o plantadores superiores de mi sistema; arqueológicamente les pertenece la cultura del hacha cilíndrica (*Wal-*

zenbeil). Por cierto, con referencia al origen del perro, el autor se encuentra en un grave error. Apoyándose en un artículo de E. WERTH, "Forschungen und Mitteilungen" XX, Berlín, 1944, p. 134, sostiene la teoría que el Asia sudoriental, el presumible centro de los plantadores superiores, fuese también la patria originaria del perro. Desgraciadamente todo lo que escribe Werth sobre este tema es ilusorio, y así resultó desde que fué publicado, porque desdice los hechos conocidos. Werth, que no es arqueólogo, sino botánico, no distingue en sus trabajos entre la fase epimiolítica y la neolítica del Campigniense; solamente en la última (o sea a lo sumo desde 3000 años a. C.) aparecen animales domésticos. (Compárese L. R. NOUGIER: *Les civilisations Campignien en Europe Occidentale*, Le Mans, 1950). La cultura de Maglemose (Dinamarca), que poseía el perro no es un Campigniense, sino una rama epimiolítica de la cultura subártica, si bien con influencias de un Protocampigniense. Además, han aumentado muchísimo los hallazgos de huesos de perro en los yacimientos epimiolíticos de Siberia, y hasta parece que existen algunos de tiempos tardiomiolíticos, como puede deducirse de H. FIELD: *Contribution to the Anthropology of the Soviet Union*, en "Smithsonian Institution Misc. Coll." t. 100-3, Washington, 1948. Así, es casi indudable el origen subártico del perro, cuyo empleo como animal de tiro ya está comprobado para el tiempo precerámico de Finlandia (Luho, *l. c.* p. 139). Las ideas de Luho sobre el origen del perro, por lo demás, son también erróneas, basadas en un trabajo de O. F. GANDERT, cuyas deducciones en cuanto al origen del animal referido, ya rechacé en "Wiener Prähist. Zeitschrift", t. XX, 1933, p. 49. Para este problema, consúltese también el trabajo de E. HAUCK: *Abstammung, Ur- und Frühgeschichte des Hundes* (Origen, prehistoria y protohistoria del perro), Viena, 1950.

Los plantadores de tubérculos se remontan, según la opinión del autor al 'Mesolítico', es decir, al Postglacial temprano; eso corresponde completamente a lo que ya expuse en 1931, prefiriendo, sin embargo, el término Protoneolítico. La misma edad la postula para otro ciclo cultural, el de los sembradores de cereales, que divide en dos grandes grupos: el cultivo intensivo sobre terrazas (*Terrassenfeldbau*), y el cultivo extensivo de tiempo lluvioso (*Regenzeitfeldbau*). El establecimiento de estos dos ciclos cultivadores es, por lo que observo, algo novedoso, y me parece un progreso; también su caracterización es acertada. Pero no puedo seguir completamente al autor cuando escribe (p. 186): "Formada durante el Mesolítico en la zona montañosa del Asia sudsudoccidental, la cultura megalítica alcanzó su apogeo en el Neolítico y se extendió, en aquel entonces, pasando sobre el Asia anterior hasta los Balcanes, y por el camino de Africa septentrional, a lo largo de las costas atlánticas, hasta el Noroeste de Europa, irradiando hasta Oceanía". No me parece oportuno mantener el concepto 'cultura megalítica' para la zona mediterránea-atlántica, pues en realidad, en estas partes no hay auténticas culturas megalíticas, sino solamente varias culturas que en ciertos

distritos de su territorio poseen megalitos y en otros no. En general, la dispersión de los megalitos se limitó a las regiones costaneras e islas de las culturas respectivas y —lo que es muy importante— solamente en un estado avanzado del Neolítico pleno (en ningún caso antes de 2500 a. C.); desaparecieron casi en todas partes a mediados de la Edad del Bronce. Con el megalitismo no se difundieron muchos otros elementos; de todos modos, no tantos como para alterar esencialmente el carácter de las culturas afectadas. Por eso, no solamente el Neolítico danubiano, sino también el mediterráneo, atlántico y nórdico pertenecen, desde el punto de vista económico al ciclo del cultivo de tiempo lluvioso. Los pocos casos de cultivo sobre terrazas que existen actualmente en Europa, se explicarían por causas locales, como por ejemplo, la viticultura sobre terrazas en Baja Austria, que es un claro fenómeno de convergencia y no muy antiguo. El megalitismo de Asia sudoriental tiene carácter muy distinto; está profundamente arraigado en toda la vida de los pueblos respectivos y florece hasta nuestros días. No podemos ver, por de pronto, su conexión arqueológica con los antiguos megalitos de Siria y Palestina, pero tal vez solamente por lagunas de investigación, pues el origen común de todos los megalitos, difícilmente puede negarse. El estudio de J. ROEDER: *Pfahl und Menhir* (Palo y Menhir), Neuwied, 1949 (reseñado en RUNA, III, p. 242), presenta muchas sugerencias al respecto.

Un problema muy interesante es si la cultura megalítica ya existió en el Protoneolítico, como piensa el autor. Yo soy muy escéptico al respecto. En su libro *The Archaeology of Palaestina*, Londres, 1949, W. F. ALBRIGHT opina que los megalitos de la zona siria pueden ser fechados con toda seguridad entre 6000 a 4000 años a. C., lo que me parece sumamente atrevido. Pero si existieran allí construcciones megalíticas que se remontaran a esta edad, serían solamente elementos esporádicos dentro de una cultura protoneolítica, en parte precerámica, que no puede definirse como megalítica. Tenemos hoy algunos conocimientos más concretos sobre el Protoneolítico del Asia anterior, por las excavaciones realizadas durante los últimos años. Se destaca por su carácter ganadero (oveja, cabra, ganado vacuno) y se cultiva también el trigo. Se trata, probablemente, de estribaciones del ciclo cultural de los criadores de animales corníferos, cuya existencia deduje ya en 1931 en base a un material arqueológico muy pobre. Le atribuí, como característica más sobresaliente, la conexión de la cría de animales corníferos y el cultivo (*Weltgeschichte der Steinzeit*, p. 307); presumí que la domesticación del trigo se realizó en ese ambiente (p. 303) y le adscribí, además, el nomadismo estacional y a poblaciones que a veces no pueden considerarse como meras aldeas mostrando sin embargo un carácter semiurbano. Muchas de estas ideas están ahora confirmadas por las nuevas excavaciones en el Asia anterior. Al respecto, compárese: V. MILOJČIĆ: *Die frühesten Ackerbauer in Mitteleuropa* (Los primeros agricultores en Europa central), "Germania", t. XXX, 1952, pp. 313-318. En base a deducciones etnológicas muy complicadas F. KUSSMAUL,

en su estudio *Frühes Nomadentum in Innerasien*, en: "Tribus" N.F., t. II y III, 1952-53, pp. 305-360, postula una cultura plantadora con cría de animales corníferos como una de las formas primitivas del desarrollo protoneolítico. Los dos complejos típicamente campesino y horticultor del Neolítico avanzado o pleno —el *Regenfeldbau* y el *Terrassenfeldbau* de Dittmer— parecen principalmente resultados de la mezcla, complicada y variada, entre los dos ciclos culturales protoneolíticos de cultivadores de tubérculos (y criadores de cerdos) por un lado, y cultivadores de cereales (y criadores de corníferos), por el otro. El autor se inclina a opinar, según está en boga actualmente, que el Asia sudoriental sea el foco primitivo de casi todos los progresos neolíticos, en primer lugar del cultivo y de la ganadería. Aunque también C. O. SAUER en su interesante libro, en muchos puntos sugestivo, *Agricultural origins and dispersals*, New York, 1952, que Dittmer no conoce, sostiene ideas similares; a mí me parecen exageradas a la luz de los hechos de la arqueología, además de los etnológicos y biológicos.

En el parágrafo "Culturas plantadoras de América y sus relaciones con el Viejo Mundo" rechaza el autor, con muchas razones convincentes, las teorías sobre el origen autóctono del cultivo en América, teorías que han dominado tan largo tiempo, y que se encuentran en abierto derrumbe desde hace unos pocos años; solamente pudieron formarse y mantenerse bajo el obstinado desprecio de una sana metodología. Sin embargo, Dittmer se detiene a medio camino en su lucha contra el aislacionismo cultural americano cuando —en contradicción a su propio postulado que los cazadores-plantadores se extendieron en América— no quiere admitir que "el cultivo en América deba ser algunos miles de años más antiguo que los hallazgos más remotos de culturas agrícolas, todas las cuales conocían el maíz". Su concepto ya fué refutado cuando escribió estas líneas, pues las excavaciones de Huaca Prieta en el Perú septentrional, han evidenciado la existencia de una cultura, plantadora sin maíz (pero con algodón) en el tercer milenio a. C. —hecho de importancia sobresaliente, ante todo si se considera que, conforme a las modernas investigaciones botánicas, el algodón cultivado de América es el producto de la hibridización del algodón del Viejo Mundo con una especie salvaje del Perú, probablemente el *Gossypium raimondi* (J. B. HUTCHINSON, R. A. SILON y S. G. STEPHENS: *The evolution of Gossypium*, Londres, 1947; compárese: R. HEINE-GELDERN: *Some problems of migration in the Pacific*, en "Kultur und Sprache", t. IX, Viena, 1952, pp. 313-362). Es curioso que el autor no conozca estos descubrimientos, que ya fueron publicados hace varios años; igualmente no ha seguido —según parece— los cambios fundamentales que se han efectuado en la cronología absoluta de las altas culturas americanas.

Sobre las culturas de los pastores nómadas actualmente se libran discusiones científicas particularmente animadas. Se ataca, ante todo, las teorías del P. Schmidt y su escuela respecto a la primitiva domesticación de animales dentro de la cultura subártica de cazadores y el desarrollo del noma-

dismo pastoril como consecuencia ulterior. Se vuelve a preferir la antigua teoría de EDUARD HAHN, conforme a la cual la cría de animales comienza en el marco de las culturas plantadoras a raíz de exigencias rituales y el nomadismo pastoril no solamente condiciona la existencia previa del cultivo, sino que es, en general, un fenómeno bastante reciente, no más antiguo que el Neolítico pleno. Las objeciones generales del autor contra la posición de la escuela vienesa pueden causar extrañeza. Afirma que la ganadería es absolutamente opuesta al espíritu y la estructura de las culturas cazadoras. Pero no corresponde de manera alguna a la verdad que "el cazador espera la matanza de la caza tan completa como sea posible". Es raro que el autor no se haya enterado de las reglas muy rigurosas que dominan entre los cazadores con respecto a la conservación de la caza. "Los animales salvajes no se procrean en cautiverio", dice también. ¿Vale eso solamente si los cazadores encierran animales y no si lo hacen los plantadores? ¿Cómo fué posible que llegara a originarse la ganadería bajo tales condiciones? Todas las otras argumentaciones del autor no son mejores. No se puede comprender por qué psicológicamente, es más fácil la transición del cazador al plantador, que la del primero al pastor. De todos modos, la antigua escuela evolucionista que aceptaba la secuencia cazadores-pastores-plantadores, defendió, a raíz de razones psicológicas, la opinión contraria. En contraste con el pastoreo, el cultivo obligó al cazador al sedentarismo. Quien conoce la enorme adhesión de los cazadores a su vida errante, compartirá mi opinión que la distancia psicológica entre cazador y plantador es mucho más grande que la que separa el cazador del pastor nómada. Pero, sea como fuere, en ambos casos fué necesario un largo estado intermedio. Cuento, por lo tanto, con la posibilidad que los cazadores subárticos desempeñasen el mismo papel en el desarrollo de la ganadería que los cazadores-plantadores en el del cultivo; se podría llamarlos cazadores-criadores, si bien tal vez el único animal que domesticaron fué el perro.

No son las deducciones pseudopsicológicas las que deciden, sino los hechos arqueológicos los que hablan, como lo vimos claramente en favor de la domesticación del perro en la zona subártica. Desgraciadamente faltan, por de pronto, datos suficientes para construir el puente entre la cría del perro subártica y la ganadería más desarrollada del Asia central y sudoriental. Se lo podría buscar en la cría del reno que, según el P. Schmidt, tiene una edad muy remota. Al respecto, consúltense sus últimas exposiciones sobre el particular en su artículo *Zu den Anfängen der Herdenviehzucht* (Acerca de los comienzos de la cría de los animales de manada), en: "Zeitschr. f. Ethnologie", t. LXXVII, Brunswick, 1951, p. 7 y ss. A pesar del veredicto casi general contra la teoría del P. Schmidt sobre este asunto, el juicio final no ha sido fallado, como lo comprueban las investigaciones más recientes de R. POHLHAUSEN: *Nachweisbare Anzätze zum Wanderhirtentum in der niederdeutschen Mittelsteinzeit* (Inicios comprobables del nomadismo pastoril en el

Mesolítico de la llanura nortealemana), en: "Zeitschr. f. Ethnologie", t. LXXVIII, Brunswick, 1953, pp. 64-82. Se alude a los hallazgos tardíolíticos de Ahrensburg, cerca de Hamburgo, y conjetura una cierta forma de utilización del reno, que ya supera la mera caza. Como otro eslabón puede tomarse en cuenta la cría del caballo, a la cual varios autores modernos tampoco quieren conceder una edad muy alta. Lo que escribe Dittmer sobre este tema es muy deficiente y demuestra que no está al tanto del mismo. ¿Cómo puede afirmarse que el caballo llegó a Europa central por camino del Asia menor en el milenio segundo a. C., ya que sabemos, desde hace mucho, que existía en varias partes de Europa central (tanto en la cultura danubiana como en la nórdica) a fines del milenio tercero? Con estas ideas erróneas, el autor se hace víctima de un trabajo tendencioso de G. HERMES aparecido en "Anthropos", t. XXXI, 1936, que se destacó por un deplorable desconocimiento del material arqueológico. El libro de BENGT LUNDHOLM: *Abstammung und Domestikation des Hauspferdes*, Upsala, 1947, hubiera podido informar mejor al autor, aunque no es muy satisfactorio en sus partes histórico-arqueológicas. Dittmer subraya que para el ganado vacuno existe un nombre común en todos los troncos lingüísticos de Eurasia, e infiere de ello la alta edad de su cría, conclusión que es ilícita en razón de que puede tratarse de una 'palabra de cultura' o 'migratoria'. A pesar de ello, ¿no es parcial la conducta del autor al no deducir una consecuencia semejante del hecho análogo que en las lenguas indoeuropeas, altaicas y chinas se halla una raíz común conexas con el caballo? En resumidas cuentas: debe otra vez recalcarse que el origen y la edad de la domesticación del caballo es un problema sin solución aún, y todo lo que se aduce contra su edad protoneolítica no es concluyente, así como tampoco los argumentos arqueológicos a los cuales se refiere K. JETTMAR en su estudio *Zur Herkunft der türkischen Völkerschaften* (Acerca del origen de los pueblos turcos) en: "Archiv. f. Völkerkunde", t. III, Viena, 1948, pp. 9-23. Los rusos excavaron en la región del Amu-Darja, al Sur del lago Aral, un yacimiento de carácter paraneolítico, es decir, con cerámica, pero sin huellas de ganadería y de cultivo, y lo fechan a comienzos del milenio tercero a. C. Para Jettmar, la cultura kelteminarense (como se ha llamado este complejo) es una comprobación de que en aquel entonces en toda el Asia central existieron solamente cazadores y pescadores. Pero eso es una generalización absolutamente prematura, pues no sabemos prácticamente nada sobre las culturas postglaciales entre el Amu-Darja y el lago Baikal, es decir, en un área de unos 3000 km de extensión de Oeste a Este (igual a la distancia entre Berlín y Asuan en el alto Egipto). Todo lo que Jettmar expone sobre la protohistoria de los turcos nada tiene que ver con el problema del caballo, cuyo origen, por supuesto, si en realidad corresponde al Protoneolítico (o sea a los milenios anteriores a 4000 a. C.) debe paralizarse —cronológicamente— con la formación de los Protoaltaicos.

Terminando estas observaciones críticas, quisiera decir que con ellas no deseo desvalorizar el libro de Dittmer, que con sus múltiples ideas nuevas e interesantes sugerencias, buena presentación y cuidadosa ilustración (que sin embargo a menudo carece de referencias en el texto), es uno de los rendimientos más notables en el campo de la etnología actual; su defecto principal es el contacto insuficiente con la arqueología prehistórica. En cuestiones cronológico-genéticas, un documento arqueológico tiene más valor comprobatorio que la mejor inducción que estriba meramente sobre un material etnográfico, el cual siempre es más bien reciente. El autor no parece apreciar lo suficiente esta verdad meridiana. Si hubiera consultado de vez en cuando alguno de los numerosos manuales de prehistoria, habría evitado más de un grave error. Otra debilidad del libro es la manera demasiado apodíctica con la cual pronuncia muchas veces teorías discutibles. El lego y el alumno no pueden distinguir si las afirmaciones del autor representan la opinión generalmente aceptada o la teoría de una escuela, o solamente su posición personal. No obstante estos defectos, el libro pertenece a aquellos de los cuales no puede carecerse en las bibliotecas especializadas, y cuya utilidad y perfección aumentan con cada nueva edición.

OSVALDO O. F. A. MENGHÍN

II

La Gallina Americana Precolombina

Aunque a menudo hemos encontrado referencias más o menos vagas sobre la 'gallina chilena' o 'gallina araucana', este tema sólo empieza a tener importancia con los modernos estudios sobre la distribución de las especies zoológicas y botánicas en el mundo, sus migraciones de una a otra masa continental y, en particular, sobre los traslados efectuados por el hombre en virtud de sus peregrinaciones llevando consigo sus complejas culturas. En este orden de ideas se ha trabajado con hondo interés estos últimos años y desde distintos puntos de vista, pero en el conjunto de autores que han intervenido en estas discusiones dos se destacan visiblemente: G. F. CARTER y C. O. SAUER. De este último autor señalaremos su *Agricultural Origins and Dispersals* (New York, 1952), título que sólo representa una parte de la materia tratada, ya que las tablas III y IV, por ejemplo, incluyen la visión esquemática de los efectos causados por el traslado de los principales animales domésticos, en especial aquellos relacionados con el pastoreo.

Limitándonos, ahora, al horizonte americano, todos conocen las interminables discusiones sobre la introducción o el carácter nativo de ciertos animales domésticos en el Nuevo Mundo, así como la de ciertas plantas utilitarias, discusiones que no han llegado a una conclusión definitiva, más que en los últimos tiempos. Al cobrar agudo interés de actualidad, se han producido notables cambios en el desarrollo de los corolarios. De un modo particular se recordarán las polémicas sobre el transporte de la batata (*Ipomoea batatas*) que, a partir de las investigaciones de A. DE CANDOLLE, alternativamente se ha supuesto efectuado desde Polinesia al Perú o del Perú a Polinesia; algo semejante sucedió con otras plantas. En cambio, en el campo de la zoología sólo ha aparecido un caso de traslado intercontinental y es el de la gallina doméstica. Si por un lado el investigador chileno R. LATCHAM ya había señalado algunas pruebas en favor del carácter nativo de esta gallinácea, por el otro el etnólogo sueco E. NORDENSKIÖLD sostuvo que fué importada desde los albores del Descubrimiento por la expedición de CABRAL, en 1500, cuando tocó las costas brasileñas.

Es interesante leer textualmente el párrafo que, en el libro citado de Carl O. Sauer, se refiere a la sorpresa que tuvo este ilustre naturalista y geógrafo al conocer, por primera vez, el asunto de la 'gallina chilena': "Hace diez años estaba viajando por Chile con un zoólogo chileno. En una fonda nos sirvieron huevos de color azul y verde oliva. Me sorprendí al verlos, tanto como el zoólogo estaba sorprendido al saber que nosotros no teníamos huevos con tales colores. Entonces supe que los indios araucanos gustan criar una clase de gallinas que ponen estos huevos y que la gente blanca no se ocupa de criarlos. Nosotros las vimos entre los araucanos, aldea tras aldea, por supuesto a veces mezcladas con las razas ordinarias. Mi aprendizaje sobre gallinas ponedoras de huevos azules o verdes continuó a cargo de don Ricardo Latcham, en Santiago. Usando la misma documentación que Nordenskiöld, Latcham había llegado a la conclusión opuesta, o sea que la gallina india era completamente distinta de la europea, que había sido introducida mucho antes del contacto europeo, y que sobrevivía como ave doméstica de los araucanos. Poca gente parece conocer el estudio de Latcham. A él pertenece el mérito del descubrimiento de la gallina precolombina del Nuevo Mundo"¹.

Es natural que después de la lectura de este párrafo y de los siguientes que se refieren al hallazgo de un gallináceo de huevos verdes entre los indios montañeses de Costa Rica, nuestra curiosidad nos solicitara a rehacer de modo más completo la historia de este asunto.

Parece que la prioridad de la noticia debe atribuirse al Profesor SALVADOR CASTELLO que, en agosto de 1914, vió por primera vez la gallina de los huevos azules en Punta Arenas (Chile) y luego volvió a encontrarla en otros lugares del mismo país, entre grupos de indígenas muy numerosos

1. El primero en darla a conocer fué el avicultor Prof. SALVADOR CASTELLO.

en la antigua Araucanía. Igualmente fué encontrada en Bolivia, Perú, Colombia y Ecuador. A Castello no le fué difícil intuir que esta gallina doméstica debió tener su origen en un tronco salvaje probablemente situado en tierra araucana. "Como esta gallina doméstica indígena debió tener allá en tiempos muy remotos un tronco salvaje, y éste no pudo ser el *Gallus Bankiva*, que lo fué para las gallinas del Viejo Continente y para las que se llevaron a la América del Norte, porque su descendencia no dió nunca huevos azules, cabe muy bien sentar la hipótesis de que en el sud de aquélla [se refiere, pues, a Chile] pudo existir un tronco de gallina salvaje desconocido y que, dando los huevos de aquel color, transmitiera esa característica fisiológica a la descendencia". Su descubridor propuso denominarla *Gallus inauris* en el Congreso Mundial de Avicultura de La Haya; el Congreso aceptó la denominación y honró al mencionado Profesor agregando, entre paréntesis, su apellido: *Gallus inauris Castelloi*².

Es cierto que varios Cronistas habían dejado testimonio de que los Indios poseyeron gallinas antes del Descubrimiento, pero luego cundió la tendencia a negarlo. Castello, por su cuenta, apeló a la prueba del lenguaje y señaló que existieron voces indígenas para indicar el gallo, la gallina y el huevo. Y en cuanto a la posible objeción que el color del huevo pudiera ser efecto de la naturaleza del terreno, del clima y de la alimentación —argumentación que será retomada por otros autores— Castello, en el breve estudio publicado en el "Mundo Avícola" de Barcelona, contestó de este modo: "Lo notable, lo sensacional, lo esencialmente característico es la postura de los huevos azules, cosa que no puede atribuirse ni al clima ni a los alimentos, porque ninguna de las gallinas de raza pura que se llevan a Chile da huevos azules, como no los da tampoco su pura descendencia. Pero se cruzan con la gallina indígena, se bastardean y en la descendencia se recogen ya huevos más o menos azulados".

Antes que prosigamos será conveniente desarrollar este asunto de la coloración. El teórico más obstinado de la influencia del ambiente en la pigmentación ha sido R. J. CRESPO; su razonamiento se basa en el ejemplo de gallinas araucanas llevadas a España, las cuales "hicieron muda en El Pardo y al reanudar la puesta pudo verse que habían perdido aquel vivo color, dando huevos de un débil tono azul que, apreciado a plena luz, apenas se distinguía, notándose mucho más si se veía en la sombra". En estos últimos años F. A. HAYES y E. W. SPEAR han observado atentamente la variación de tonalidades en los huevos de la Rhode Island Red en relación con la duración del cambio anual del plumaje y el número de días de postura. El Profesor OTTMAR WILHELM G., de la Universidad de Concepción,

2. Lo de *inauris* recuerda en latín lo que en romance chileno dicen 'aretes', esto es formaciones laterales de piel y plumas que lucen las aves en cuestión; en ese mismo romance la apodan 'gallinas sin colas', 'gallinas de aretes', *colloncas*, *francolinias*, etc., aunque cada una de estas últimas denominaciones indique alguna variedad.

Chile, acaba de aplicar ese mismo método de observación a la "gallina araucana" y ha comprobado que nunca han dejado sus huevos de ser azulados.

Alguien piensa, no obstante, que si la gallina de huevos azules no es una gallina europea influída por el 'ambiente', bien podía ser hija híbrida de la gallina europea y de gallinas balinesas traídas por los holandeses, y que los tonos azulados, verdosos, etc., no sean más que "una anomalía o efecto accidental", testigos "de una influencia ancestral de color"³. Se nota que esta explicación no explica nada.

HERMAN VON IHERING mencionó, a principios de este siglo, la existencia en el Brasil de una gallinácea, el *jaó*, que ponía huevos azules; se trata de un tinamido⁴ muy semejante a nuestra perdiz con copete; su canto peculiar recuerda a J. C. RIERA el canto de las famosas gallinas araucanas a las que, impropriamente, llama *quetros*⁵. Bueno, no faltó quien propusiera que el cruce de este tinamido con la gallina o el gallo europeo pudiera explicar a la gallina de los huevos azules, pero especialistas como el Dr. D. WEBB-MORE consideran este cruzamiento del todo imposible.

Ya hemos dicho que los Cronistas traen datos 'explícitos' respecto al hallazgo de 'gallinas' en América hispana; estos datos no los desconocía E. Nordenskiöld, que había leído las *Cartas* de CORTÉS, la *Verdadera Historia* de BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO y otras fuentes antiguas. Invariablemente, para Nordenskiöld cuando los documentos antiguos hablan de verdaderas gallinas se trata de las gallinas europeas introducidas por CABRAL en el 1500 y luego ampliamente multiplicadas y difundidas. CARL O. SAUER señala la debilidad de esta deducción, porque "Nordenskiöld nunca se preocupó por el problema de la increíble multiplicación de las gallinas, de la extensión sobre cientos de miles de kilómetros cuadrados en unos pocos años, de la aceptación especialmente ceremonial del nuevo animal en tan gran número de sociedades indígenas". De cualquier modo podría insistirse diciendo que cuando los textos antiguos hablan de 'gallinas' nada asegura que se trate de verdaderas gallinas y que era un nombre que los Cronistas daban por aproximación analógica⁶. La argumentación de R. E. LATCHAM en favor de la existencia de gallinas prehispánicas basada en un ramillete de pasajes de crónicas no sería suficiente, por la razón recién aducida. Más serio parecerá el hecho que los indígenas tenían voces propias para designar al gallo y a la gallina, pero ésta es una cuestión lingüística insuficientemente desarrollada y menos criticada, porque podría

3. C. A. FINTERSBUCH, citado por J. C. RIERA.

4. *Inambú, inhambú*, con esta última ortografía la registra RAYMUNDO MORAES, *O meu dicc. de cousas da Amazonia* (Rio de Janeiro, 1931, vol. II, s. v.): "Gallinaceo sim cola... Hay el *i-assu* (Tinamustao), el *i-relogio* (*Crypturus strigulosus*) y el *i-pixuna* (*C. cinereus*).

5. Ver R. LENZ, *Dicc. Etim.*, Santiago de Chile 1904, s. v.

6. Ver, precisamente, lo que dice Bernal Díaz: "muchos pavos [indígenas] que llamaron [los españoles] gallinas y gallos...".

sospecharse que los indígenas trasladaron a la gallina y al gallo importado los nombres vernáculos de otras gallináceas. Nordenskiöld trae una lista de veintidós tribus que llaman la gallina con una voz de evidente procedencia española o portuguesa⁷, pero no es más que un grupo reducido, especialmente localizado. Aquí surge espontánea la pregunta: ¿Por qué si los conquistadores en 1500 trajeron las primeras gallinas al Brasil —con la expedición de Cabral— y éstas se difundieron y multiplicaron, nunca encontramos su nombre español? Por eso dice SAUER: "La idea de que la gallina podría no haber sido traída por los europeos no le pasó por la cabeza".

Todos los autores que se han ocupado de la gallina de huevos azules, más conocida por 'gallina araucana' y —en la Argentina—, 'gallina chilena', reconocen que *lo realmente distintivo en ella es, precisamente, el color azul de la cáscara del huevo*; en cambio no lo son, definitivamente, los aretes, ni la falta de cola, ni la cresta pequeña y carnosas, ni el plumaje con plumas 'al revés', etc. Sobre el citado carácter sobresaliente, el director del Instituto de Biología General de la Universidad de Concepción (Chile), Dr. Ottmar Wilhelm G., inició en 1944 una investigación genética cuyos resultados preliminares ha dado a conocer en 1953. Sus observaciones le permiten, tomando como base el mestizaje y selección de las gallinas que ponían huevos con las cáscaras de los típicos colores azules y verdosos, fijar en gallinas negras después de ocho generaciones (araucanas negras) en forma homocigótica, el carácter de la pigmentación del huevo en color azul verdoso en un 100 %. Tiene en estudio cuatro grupos genotípicos diferentes (A, B, C y D) y controla exclusivamente la herencia de los caracteres de los descendientes de huevos con cáscara azul verdoso u oliváceo.

Esta investigación todavía no está concluida y podrían presentarse variantes como la que motivó la formación del grupo D. Hay que tener en cuenta que cuando comenzó sus investigaciones con más de cien gallinas rústicas de los alrededores de Concepción y del sur de Chile que ponían huevos de color azul, verdoso u oliváceo, el carácter somático del conjunto era de lo más heterogéneo.

Debemos esperar que mediante la hibridación y la selección bien dirigidas se llegue a un cuadro final estable y con la imagen, genéticamente reconstruida, de la auténtica gallina americana de huevos azules. No es imposible, y por el contrario parece ser lo más seguro, que esta imagen tendrá muchos puntos de semejanza con los de la raza araucana presentados en 1921 en el Primer Congreso Mundial de Avicultura (La Haya) por el Profesor Castello, o de la que ilustró M. A. JULL en su artículo publicado en "The National Geographic Magazine" de 1927.

La hipótesis de la gallina americana —dice en síntesis Sauer— parece bien confirmada por los estudios genéticos. El tipo de gallina que veni-

7. p. 31 y sig.

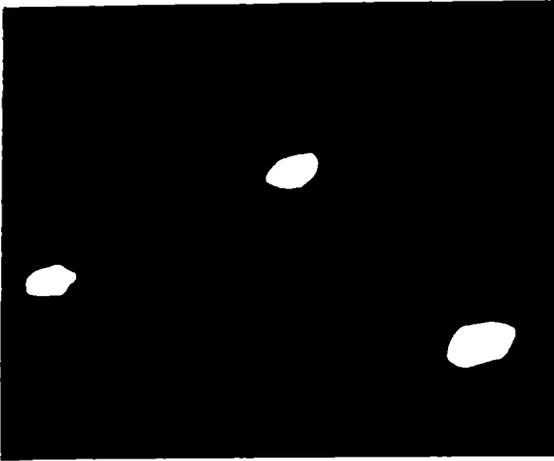
mos considerando es enteramente desconocido en Europa y puede ser descartada una mutación en América de la gallina importada.

Claro es que Carl O. Sauer no se plantea el problema de la gallina de huevos azules como si fuera una cuestión aislada o independiente. La gallina de huevos azules era y es una gallina doméstica, es decir, un bien cultural, y por eso mismo, no puede ser tratada fuera de un conjunto congruente de bienes. No podemos aún señalar la estricta pertenencia de esta gallina, o de su antecesora, a un conjunto determinado de bienes, pero C. O. Sauer declara explícitamente su pensamiento al decir que el transporte transpacífico del algodón, del calabacino o bule, de la batata, de los plátanos y del coco, parece también probado. Existen varias docenas de plantas, íntimamente asociadas al hombre en ambos lados del Pacífico, que necesitan investigación crítica. Restos de estas plantas, encontrados en capas arqueológicas precerámicas de la costa del Perú, muestran que los contactos pudieron ocurrir en períodos anteriores al poblamiento de las islas oceánicas por los polinesios. A esta lista pueden agregarse otros elementos culturales señalados en el NO de Sudamérica y que sólo pudieron llegar a través del Gran Océano, tales como la chicha fermentada con saliva, los masticatorios de hojas con suplementos calcáreos, la cerbatana, posiblemente el perro 'comestible', etc.

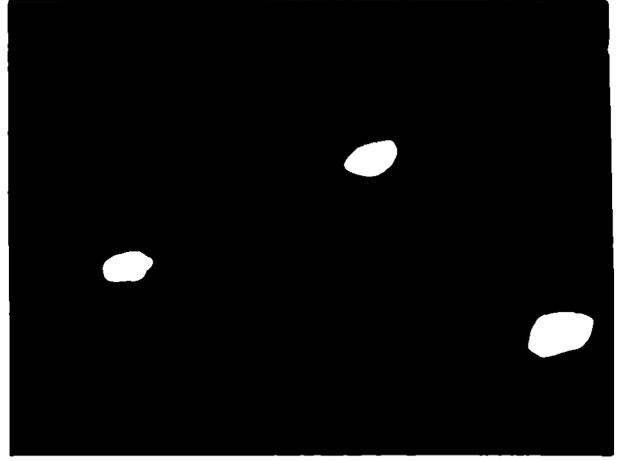
ARMANDO VIVANTE

BIBLIOGRAFIA

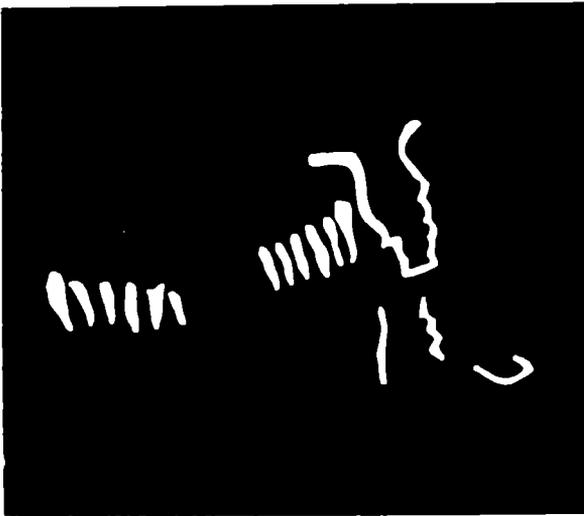
- CASTELLO, SALVADOR: Citado en extenso en R. E. LATCHAM, 1922, págs. 178-181, nota 1.
- GILMORE, RAYMOND M.: *Fauna and Ethnozoology of South America*, en "Handbook of South American Indians", vol. VI, pp. 345-464; Washington, 1950.
- LATCHAM, RICARDO E.: *Los animales domésticos de la América precolombiana*, en "Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile", t. III, N° 1, pp. 1-199; Santiago de Chile, 1922.
- NORDENSKIÖLD, ERLAND: "Comparative ethnographical studies - 5"; Göteborg, 1922.
- ORTIZ MINGOT, AMADEO: *La Raza Araucana*, en "Síntesis Avícola", año I, N° 3, pp. 21-23; Buenos Aires, 1953.
- RIERA, J. C.: *Gallina que pone huevos azules*, extracto de un trabajo suyo publicado en "Síntesis Avícola", cit., pp. 23.
- SAUER, CARL O.: *Cultivated Plants of South and Central America*, en "Handbook of South American Indians", vol. VI, pp. 486-543; Washington, 1950.
- DEL MISMO: *Agricultural Origins and Dispersals*, New York, 1952 (Extractado en "Ciencias Sociales", vol. IV, N° 21, pp. 126-136; Washington, 1953).
- STEWART, B. ANTHONY y VOSBURG, FREDERICK G.: *Easter Egg Chickens*, en "The National Geographic Magazine", vol. XCIV, pp. 377-387; Washington, 1948.
- WILHELM G., OTTMAR: *La gallina araucana (Estudios genéticos, 1ª comunicación)*, en "Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción, Chile", t. XXVIII, 1953, pp. 119-127.



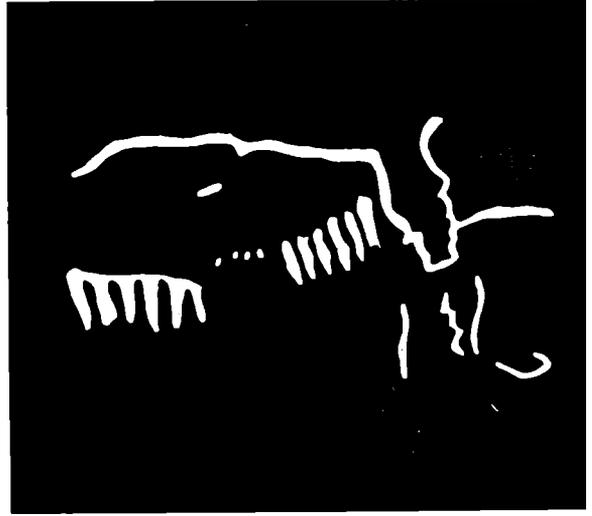
GARDNER, Lám. XXXIII



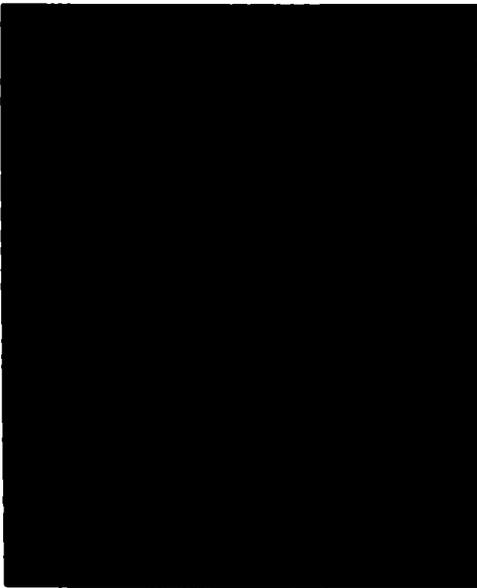
AL INFRARROJO



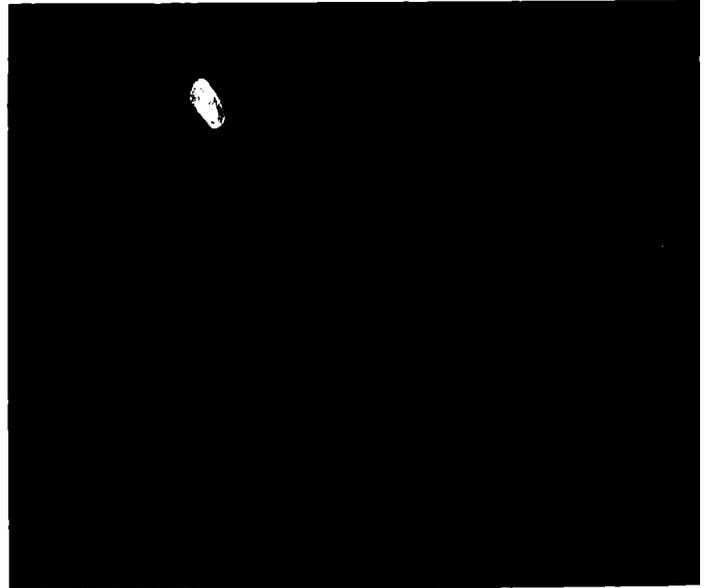
GARDNER, Lám. XXXIII



AL INFRARROJO



GARDNER, Fig. 105



AL INFRARROJO

ciones electromagnéticas, a continuación inmediata de la zona visible. Esta proximidad permite que el ojo humano, en ciertas condiciones, pueda penetrar, aunque sólo sea en una mínima parte, en el dominio de lo invisible.

Si bien la existencia del infrarrojo ya fué señalada hace un siglo y medio por HERSCHEL³, sólo en nuestra época ha llegado a tener aplicaciones de cierto alcance, habiéndose obtenido excelentes resultados con el empleo de la visual directa del infrarrojo⁴.

TÉCNICA. — Para lograr buenos resultados con nuestro método deben iluminarse las figuras que se deseen observar mediante un reflector con dispositivo de enfoque concentrado, equipado con filtro infrarrojo (aproximadamente 7500 A°) o, en caso de disponer de corriente eléctrica, directamente con lámpara de infrarrojo. Se procederá luego a examinar la parte de la roca así iluminada a través de un filtro infrarrojo (aproximadamente 7000 A°) que excluye el máximo de los rayos visibles. Se observará entonces que los dibujos, si existen, 'brotan' de la superficie de la roca de manera insospechada, y con tonalidades diferentes de las que se ven con iluminación natural⁵.

Para comprender mejor este particular es necesario tener presente que los rayos infrarrojos penetran hasta cierto punto en la superficie. Como las pinturas han sido aplicadas sobre rocas porosas —así ocurre en las Sierras de Córdoba— éstas han absorbido los pigmentos de los colores utilizados, conservándolos bajo las capas de polvo y exudaciones formadas en el curso de los siglos transcurridos desde la ejecución de las pinturas. El empleo de este método me ha permitido reproducir millares de dibujos casi imperceptibles a simple vista.

CLASIFICACIÓN DE LOS COLORES. — Las pinturas estudiadas, según comprobación y análisis químicos realizados, fueron preparadas con areniscas (color rojo), calizas (blanco) y carbón vegetal (negro), triturados y mezclados con grasa animal, y fueron aplicadas en forma de pasta sobre las rocas.

3. HERSCHEL, W.: *Philosophical Transaction*. London, 1800. (Ver ARAGO, M. Herschel, en "Annual report of the Smithsonian Institution for the year 1870". Washington, 1871).

4. El uso del infrarrojo en fotografía se ha limitado casi exclusivamente a trabajos de laboratorio. El material fotográfico sensible a estos rayos requiere condiciones especiales que lo hacen inadecuado para regiones calurosas o alejadas de los centros poblados.

5. Como fuente de iluminación en lugares desprovistos de corriente eléctrica recomiendo un equipo compuesto de acumulador (batería) y reflector con dispositivo de enfoque concentrado y corta-filtros; el dispositivo de observación debe ser construido de manera que pueda llevar filtros infrarrojos de diferente graduación, como así también amarillo y verde, montados en una máscara corrediza.

No es fácil clasificar actualmente estos colores; tanto el blanco como el negro han tomado, en muchos casos, un mismo tono gris (pardo), mientras que el rojo, ya debilitado, se confunde fácilmente con el fondo de las rocas⁶. No obstante los inconvenientes apuntados, estos colores pueden ser perfectamente determinados mediante el empleo del infrarrojo, debido al grado de reflexión de cada uno de ellos: el rojo (areniscas) y el blanco (calizas) son transparentes para el infrarrojo, mientras que el negro (carbón vegetal), es absorbente. Podemos establecer, por lo tanto, la siguiente regla de clasificación:

COLOR ORIGINAL	COLOR ACTUAL	AL INFRARROJO
rojo	rojo o desvanecido	blanco
blanco		blanco
negro	gris o desvanecido	negro

De lo dicho se desprende que puede también determinarse mediante nuestro procedimiento, con cierta facilidad, el material empleado para la obtención de los colores utilizados en las pinturas.

OBSERVACIONES REALIZADAS Y RESULTADOS OBTENIDOS. — Siguiendo el procedimiento descrito, conjuntamente con otras técnicas adoptadas a raíz de experiencias efectuadas en las Sierras de Córdoba, he podido realizar los siguientes trabajos de reproducción de pinturas rupestres, los que espero dar a publicidad en un futuro cercano:

Cerro Cóndor Huasi	4	abrigo
El Pantanillo	1	"
Cerro Casa del Sol (Inti Huasi)	35	"
Cerro El Veladero	11	"
Cerro Colorado	9	"
El Desmonte	15	"
La Quebrada	25	"

Para que se puedan apreciar mejor las ventajas extraordinarias que brinda el método de la visual directa del infrarrojo aplicado a la reproducción de pinturas rupestres, presento como demostración cinco ejemplos de reproducciones realizadas por GARDNER⁷ con métodos corrientes, y por mí aplicando el infrarrojo a los mismos dibujos. Cotejemos los resultados:

6. Para comparar y clasificar los colores con el fin de poder reproducir éstos con exactitud, recomiendo la utilización del *Atlas de colores* de C. y J. VILLALOBOS, Buenos Aires, 1947.

7. GARDNER G. A., *Rock-paintings of north-west Cordoba*. Oxford, Oxford University Press, 1931.

Lám. XXXV. - "Triangular figure painted in white" (pág. 68).

Se trata de un indígena con arco y flecha y decoración dorsal.

Lám. XXX. - "Representation of a man on foot holding some indistinguishable object in the right hand, and a lance in the left" (pág. 62).

Se trata de un español enfrentando a un indígena con arco y flecha.

Lám. XXXIII. - "White spots, all that remains of animal figures similar to Nos. 18 to 21" (pág. 65).

Se distinguen perfectamente un conjunto de llamas y una superposición.

Lám. XXXIII. - "Figure composed of two series of strokes painted in white. They represent the white wing feathers of a condor, whose black body and white ruff can be seen, faintly in the early morning light". "Curved and zigzag lines in white" (pág. 65).

Observado al infrarrojo se distingue un cóndor, un felino y trozos de un indígena con decoración dorsal.

Fig. 105. - "On the smoother parts of which a number of large, roughly executed figures have been painted" (pág. 93).

Se trata evidentemente, de un indígena con arco, flecha y decoración dorsal.

Resumiendo, estimamos que lo expuesto demuestra con suficiente claridad que con la técnica aquí presentada se pueden lograr reproducciones de pinturas rupestres en grado y número hasta hoy no sospechado. Sería aconsejable rever los trabajos ejecutados con anterioridad para evitar que reflejaran conceptos e interpretaciones equivocadas, frutos de un método imperfecto de trabajo.

ASBJORN PEDERSEN

RUBRICAS FIJAS

Nuevas indagaciones sobre Pascua

Como nuestros lectores recuerdan, el tomo IV de RUNA (1951) fué dedicado por completo a los problemas de la Isla de Pascua, y en el tomo V (1952) aparecieron varias páginas (204-210) que bajo el título Otra vez sobre Pascua aportaban nuevas contribuciones, complementos y enmiendas. Resulta fácil averiguar que el anhelo de conocer siempre menos incorrectamente las antigüedades de ese apartado islote del Gran Océano permanece constante, y aún se acrecienta, entre los especialistas y el público. Y como nosotros mismos no sabríamos abandonar una investigación que desde largo tiempo nos ha venido preocupando asiduamente, hemos dispuesto que los asuntos de Pascua figuren en nuestra revista con el carácter de una investigación en estado de continuidad, lo que hará que los lectores de RUNA encuentren en sus volúmenes sucesivos una información "puesta al día".

Uno de los defectos casi ineludibles en cualquier revista es la amplitud del temario de la ciencia a la que está dedicada, y en el caso de la Antropología tal amplitud asume caracteres insospechados. Con el establecimiento de estas Rúbricas fijas la Dirección quiere obviar este inconveniente en lo que concierne a algunos puntos especiales, constituyendo así una suerte de centros de atracción permanente.

Modificaciones en la lista de los 'Kohau royo-royo'. En primer lugar se impone dar noticia de las novedades que han venido a modificar la lista de las tabletas inscriptas, porque la tarea de mantenerla siempre depurada y exacta responde a una exigencia fundamental para el estudio de la escritura de Pascua. Los lectores valoran ciertamente las dificultades que tuvimos que afrontar en la compilación del artículo publicado en el vol. IV de RUNA, cuando nos propusimos

presentar, críticamente analizada, la lista de las inscripciones pascuanas que obran en poder del especialista; las páginas 97 a 104 de ese tomo comprenden el resultado de nuestro estudio, consistente en la enumeración de 24 ejemplares, repartidos en 9 grupos con atención a las ciudades de América y Europa donde se las custodia.

Nuestra lista de RUNA IV forma una suerte de base inicial, de donde conviene partir para las sucesivas averiguaciones y correcciones; así lo ha establecido el núcleo de investigadores de la Universidad de Hamburgo que bajo la guía de T. BARTHEL se propone construir el *Corpus Inscriptionum Paschalis Insulae*, iniciativa sobre la que hemos de informar en seguida.

La primera corrección a la lista de 1951 se ha hecho necesaria a raíz de la averiguación del Dr. Barthel que concierne a la tableta XXIV, que fué designada en mi descripción como "Ejemplar de Tahiti" por el hecho que sus caracteres fueron dibujados en Papeete por el Sr. J. WEISSER, oficial contador de la cañonera *Hyäne* que visitó la isla de Tahití en 1878. En la pág. 107 de mi monografía reproduce el dibujo de Weisser (que hoy se encuentra en el Museo de Dresde y fué publicado por Meyer en 1881) en la convicción que reprodujera el texto integral de una tablilla que debíamos considerar perdida. Nótese que en esa misma página dejé expresada mi extrañeza ante la distancia que separa cada línea de escritura de las próximas "contrariamente —decíamos— a lo común".

En fecha agosto 1° de 1953, el Dr. Barthel me comunicaba que las líneas copiadas por Weisser son idénticas a una sección del texto de la tableta *Aruku-Kurenga* de Brain-le-Comte, y me sugería que las comparara *mit den Ausschnitt aus der Mitte der Zeilen 15-19 (verso)* de este conocido ejemplar. He realizado en efecto la compulsa, y he averiguado la exactitud de la indicación del especialista de Hamburgo, tal como los lectores pueden comprobarlo en nuestra lámina XV.

No ha dejado de sorprenderme el hecho que Weisser no copió por entero ninguna de las líneas de la *Aruku-Kurenga* —que contienen en promedio 45 glifos cada una— limitándose a transcribir un rectángulo central recortado en la nombrada tableta, que incluye las secciones medianas de las cinco líneas 15-19, lo que equivale a descuidar en cada renglón, más o menos 10 glifos a la izquierda y unos 15-16 a la derecha (orientando la tabla según la lectura de las líneas 15, 17, 19 del *verso*).

A raíz de estas averiguaciones, debe considerarse anulada la referencia al "ejemplar de Papeete", XXIV de la lista de 1951. El Dr.

Barthel sospecha que Weisser hizo el dibujo reproduciendo un trozo elegido al acaso en la *Aruku-Kurenga*, que se encontraba en posesión del obispo Jaussen. Evidentemente es ésta la explicación que se presenta más espontánea, mas no podemos excluir que el trozo copiado

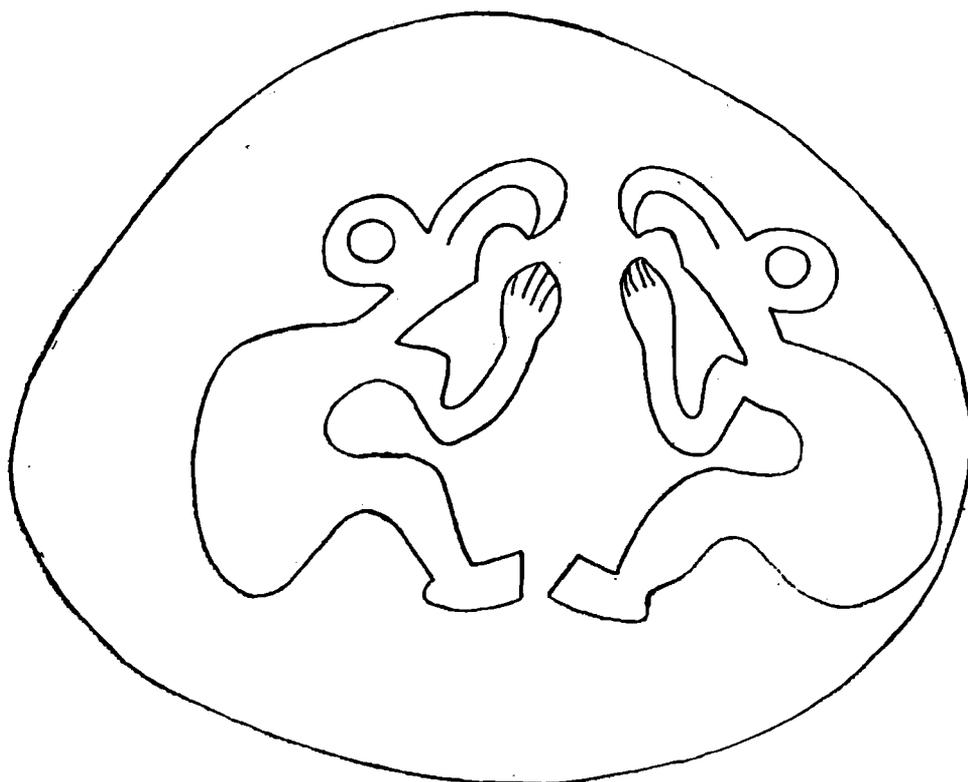


FIG. 1

pertenciese a otra tableta, o tuviese un significado particular para el indígena que pudo señalarlo al viajero. En otras palabras, la elección de los renglones y su segmentación tan precisa no deja de suscitar interrogantes en nuestro espíritu.

Un precioso amuleto pascuano.—De la colección particular de objetos de Pascua que con intenso amor ha reunido el DR. EDWYN REED, de Valparaíso, procede la bella pieza que vamos a describir. Es un guijarro de playa achatado, de forma algo ovalada, cuyas dimensiones son 11 cm. por 13, con 3 de espesor máximo. Su color es plomizo claro a causa de la pátina; petrográficamente es un trozo de lava basáltica con aproximación a traquita, y contiene una cantidad considerable de magnetita, tanto que desvía la aguja magnética colocada cerca

de ella. Estos datos pertenecen al Señor OSWALD HARDY EVANS, quien observó también la dureza de la roca, que es relevante, aunque cede a una punta de obsidiana, con la cual muy verosímilmente fué grabada en sus dos superficies semiplanas.

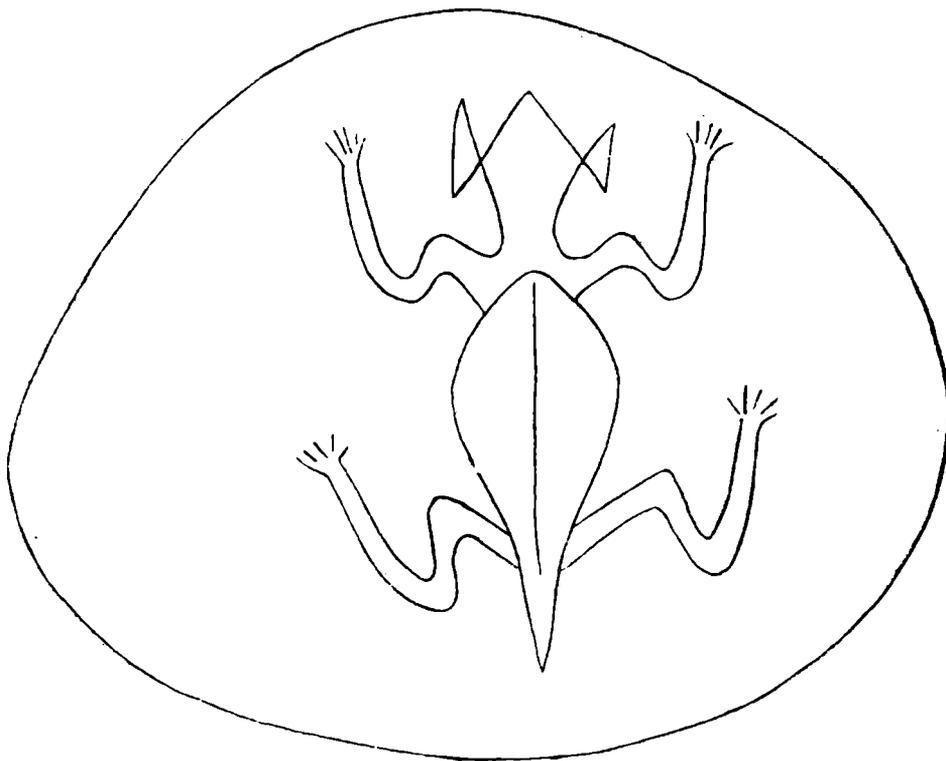


FIG. 2

En el *recto* vemos dos *manu-uru* delineados al modo clásico de Orongo y de los cientos de *graffiti* en piedra y en madera que representan esta doble imagen. También el busto publicado en RUNA IV (láminas XIX y XX) la lleva grabada en la frente con sutilísima punta; mas en este rodado de la colección Reed la armonía del trazo es más perfecta. La fineza del dibujo es visible sobre todo en el pico de ave, en la única mano (con los dedos unidos) y en el redondeamiento del talón.

El acucioso señor Hardy Evans ha observado que la figura del *recto* está grabada más profundamente que la del *verso*, y también la superficie es más suave y pulida, deduciendo de ello que quizá la doble imagen de *manu-uru* era la más importante del amuleto.

En el *verso* está dibujada una figura animal que recuerda una lagartija, naturalmente con las estilizaciones a que nos ha acostumbra-

do el arte de la Isla. En las carillas descriptivas que tengo por delante veo que Evans ha valorado en primer lugar la simetría bilateral exactamente respetada en el *graffito*, luego la expresión convencional de la cabeza, en forma romboidal, las cuatro patas con los cinco dedos abiertos y la cola corta y 'amochada'. A esos caracteres debe agregarse la forma de ambas orejas: son dos triángulos, similares a los que tan a menudo hemos visto en las tabletas, en los glifos de figura humana. Evans propende en favor de un lagarto, mas no puede olvidar que sobre todo evoca en la porción caudal la imagen del último estado de metamorfosis de ranas y sapos.

Por mi parte, no creo que la clasificación sistemática del individuo zoológico representado constituya para el etnólogo un deber ineludible, tratándose de pueblos que han elaborado sistemas de expresiones convencionales, como lo ha hecho seguramente el pascuano. En este caso particular no puede disimularse la curiosidad de conocer si la figura del *graffito* pascuano, ciertamente compuesta mediante la integración de motivos orgánicos positivos con otros subjetivos, cuenta en la isla con los ejemplares de la naturaleza que contribuyeron con alguno de sus caracteres morfológicos a la composición del todo (miembros, en número y disposición; cuerpo, cola, etc.).

La iniciativa de la Universidad de Hamburgo y su ideador. - En agosto de 1953 fuí informado desde la ciudad de Hamburgo de que en aquel Museo Etnográfico había surgido un importante movimiento de interés por la escritura de Pascua, y que el DR. THOMAS BARTHEL de aquella universidad se había puesto a la cabeza, con el fin de orientar el estudio de las tabletas según directivas de mayor eficacia. Casi de inmediato fué echado un puente entre el Museo de Hamburgo y el Museo que tengo el honor de dirigir en Buenos Aires, y desde ese momento se trabaja en ambas instituciones con estrecha vinculación de métodos e intercambio de datos e indagaciones. El primer cometido que se ha propuesto el Dr. Barthel consiste en reunir la inmensa variedad de los glifos pascuanos en una suerte de inventario general que permita clasificar con exactitud y en el más breve tiempo las distintas formas que se agrupan alrededor de un signo principal; sin esta operación previa no podríamos descubrir el íntimo secreto de este complejo sistema de escritura. Tengo ante mi vista buen número de hojas que representan el producto de este riguroso análisis temático, y para ofrecer un ejemplo reproduzco algunas de ellas, empezando por la hoja III, que comprende los glifos del tipo *tayata*

(hombre) con la cara dibujada frontalmente. Mas veamos los fundamentos de la iniciativa del profesor hamburgués, en la transcripción de su propio artículo intitulado: *Sobre la investigación sistemática de la escritura de Pascua*¹.

Con referencia a la indagación crítica sobre las *kohau royo-royo* —así se expresa T. Barthel— han relizado valiosos trabajos previos HEINE-GELDERN (1938), METRAUX Y ROSS (1940) e IMBELLONI (1951), los cuales insistieron en lo que ya habían intuído TYLOR (1875) y W. LEHMANN (1907): que necesitábase realizar un estudio comparado y sistemático de las escasas tabletas que poseemos, dispersas en los Museos de diversas naciones, si queremos contar con una base sólida al intentar ulteriores ensayos de desciframiento.

La investigación requiere con urgencia que se integre la totalidad de los glifos existentes, y luego se levante la estadística de los glifos aislados, así como una exacta articulación de las líneas mediante la ayuda de transcripciones paralelas, que ponga a la vista toda equivalencia.

Después de esas operaciones, será menester abordar los problemas que siguen:

1° Propuesta de una nomenclatura convencional que permita individualizar fácilmente las formas gráficas mediante siglas.

2° Reunir un completo cuerpo de inscripciones de la Isla de Pascua, el cual comprenda todas las fuentes, ya sirviéndose de calcos, ya de fotografías, y en su defecto de dibujos de las tabletas y los demás objetos que llevan inscripciones.

3° Compilar un gran catálogo de los signos, el cual no solamente sirva para verificar la frecuencia estadística de cada glifo, sino también las peculiares variantes que asume en cada texto o pasaje. En total todos los textos conservados de Pascua —incluídas las repeticiones de trozos— no sobrepasan la suma de 10.000 signos, dentro de los cuales se hallarán no más de 500 formas básicas distintas.

Después de estos trabajos preliminares, se procederá a compilar un catálogo temático. En esta tarea tanto puede partirse del carácter figurativo del glifo, como de la interpretación del mismo dentro de

1. BARTHEL, THOMAS E.: *Zur systematischen Untersuchung der Osterinselschrift*, Hamburg 1954. Nuestra traducción es fiel, a pesar de unas pocas abreviaciones en puntos secundarios y de algún necesario cambio en el orden. Omitimos la bibliografía del autor, que cita las obras de HEINE-GELDERN, 1938, IMBELLONI, 1951, KOENIGSWALD, 1951, LANYON-ORGILL, 1953, LEHMANN, 1907, MÉTRAUX, 1940, PIOTROWSKI, 1925, ROSS, 1940, SKINNER, 1935, TYLOR, 1875 y WOLFF, 1945, todas conocidas por el lector de RUNA vol. IV.

la lista de JAUSSEN, hablando de las fundamentales. Palabras-clave para un catálogo temático de esta clase serían, por ejemplo: 'garrote', 'iguana', 'hacha de piedra', 'aquí', 'cielo', etc. Estas deben luego compararse: a) con las formas gráficas iguales o semejantes fuera de la Isla de Pascua (p. ej.: SKINNER, 1935, para Nueva Zelandia y VON KÖENIGSWALD 1951, para Indonesia, y b) con los conceptos análogos en los mitos de Polinesia.

Existe la fundada esperanza de encontrar indicios temáticos, al menos de determinados pasajes, en la construcción sistemática de los textos.

En lo que concierne al sistema antes mencionado, el Dr. Barthel distingue dos puntos de partida, en el aspecto técnico, que son: A) la determinación del glifo con la ayuda de la lista de Monseñor Jaussen y B) mediante la propia delineación de su figura.

Con respecto al modo A) el autor observa que se interponen una serie de inconvenientes metódicos: 1º, que la serie de Jaussen no es completa; 2º, a menudo reproduce los glifos imperfectamente; 3º, clasifica signos muy distintos bajo el mismo significado y en cambio 4º, signos iguales con distinto valor, y además 5º, no hace diferencia entre glifos simples y compuestos, anulando de este modo el importante carácter de la grafía pascuana que consiste en la combinación de elementos.

Con respecto al modo B) después de recordar los criterios seguidos por PIOTROWSKI (1925) y ROSS (1940) se refiere a los de METRAUX (1940) quien, guiado por su formulación apriorística que los signos no fuesen escritura, consideró en su fig. 58 los signos ld y 22h, 1f y 30b, 36b y 79b, 22g y 88b, etc., como variaciones de dibujo, u ornamentales, mientras se trata de formas iguales, que por sus características deben tener un significado propio.

Como medio básico de la investigación se presenta una nomenclatura de los signos de Pascua surgida de la elaboración de todo el material publicado hasta 1953. Pueden señalarse las peculiaridades de la escritura pascuana mediante un inventario cuya numeración va de 1 a 799. A cada una de estas cifras características pertenecen primeramente los glifos *standard* fácilmente reconocibles, y luego sus variantes cuya identidad sea reconocida. Un ejemplo claro de la equivalencia entre números y formas la ofrecemos al lector mediante la reproducción de la tabla III de Barthel, que comprende *los dibujos antropomorfos con la visión hacia adelante*. También reproducimos en nuestras láminas las tablas IV y VI.

La primera de las 8 tablas de Barthel (números de 1 a 90) comprende los glifos geométricos en primer término, luego objetos varios y partes animales y vegetales dibujadas con intención geométrica.

La II tabla (100-199) comprende otros dibujos geométricos en parte más complejos;

la III (200-299) figuras antropomorfas con el rostro vuelto hacia adelante;

la IV (300-399) figuras antropomorfas con el rostro vuelto lateralmente;

la V (400-499) pájaros y figuras en acción, todos en visión lateral;

la VI (500-599) figuras con cabezas de formas especiales;

la VII (600-699) *make-make* y otras formas con cabezas de pájaro;

la VIII (700-799) otras formas animales (peces, reptiles, crustáceos, insectos).

Una mayor claridad pudo conseguirse mediante la articulación de cada tabla en tantos grupos decimales que designan cada uno un subtipo. Así, por ejemplo, en el modelo antropomorfo (tablas III y IV) la nomenclatura decimal indica las características del cuerpo y la posición de sus partes: 0 (primera decena), figura parada con brazos pendientes o un brazo levantado; 1 (segunda decena), figura ídem con ambos brazos levantados; 2, figura corriendo, brazo levantado; 3, de rodillas; 4, sentada, con brazo levantado; 5, con ambos brazos levantados; 6, sentado al modo de los sastres; 7, sentado, con anexos, lateralmente en la tabla III; 8, con torso redondeado en la tabla III y 9, ídem.

La forma de la mano se designa por las siguientes convenciones: 1, en el acto de comer; 2, puño cerrado; 3, blandiendo un hacha de piedra; 4, en posición de sostén; 5 y 6, en el acto de tomar.

Letras minúsculas se agregan para señalar otras peculiaridades:

f la forma normal con pequeñas rayitas (hilos, plumas o cabellos).

s prolongación (¿adorno?) en el codo de la figura.

x significa: opuesto a la forma normal en la posición de la cabeza.

y significa: opuesto a la forma normal en la visión.

A veces los signos no son de la dimensión común, sino reducidos a $\frac{1}{2}$ o a $\frac{1}{3}$. Estos glifos reducidos son colocados hacia arriba o hacia abajo:

h indica que tocan el límite superior del renglón escrito.

t indica que tocan el límite inferior.

Las formas que se diferencian de la normal, o 'standard', cuando sea necesario indicarlo, se señalan con la mayúscula V. En ciertos casos un signo no puede ser identificado (ya sea por deterioro, ya por ligaduras no usuales que no logramos desglosar claramente); para señalar tales anomalías, puede emplearse la letra D mayúscula.

Signos de probable lectura llevarán un (?) después de la nomenclatura. Mediante barras (/) se indicará el sector que no ha sido identificado, al cual se hace seguir un (?). Un signo deteriorado, irreconocible, se designa con (...). Vacíos largos en el texto, con rayas de puntos.

Con frecuencia el texto presenta dos o más signos ligados entre sí; pueden ser una forma de escritura cursiva o responder a reales 'ligaduras'. Se tratará de estas últimas cuando los signos simples sufren una constante ligazón. Generalmente la unión se hace horizontalmente, lo cual en la transcripción se señalará con un punto entre las fórmulas de cada uno; si se trata, más raramente, de unión vertical, se pondrá un doble punto (:).

"Las tablas I-VIII —concluye el Dr. Barthel— representan un resultado provisorio, que necesita mayor pulimento. Su compilador no ha tenido siempre a su disposición buenas fotografías, y a veces sólo dibujos de valor secundario. Un cierto número de glifos simples de los textos no pudieron todavía ser aclarados satisfactoriamente. A veces se han dejado combinaciones sin desglosar. Acaso hayamos colocado igualmente algunas variantes del mismo glifo bajo distinta característica. En la determinación de tipos normales hubo en el comienzo necesidad de cometer ciertas arbitrariedades, con el fin de presentar los rasgos principales del sistema gráfico.

La nomenclatura aquí presentada de la escritura de Pascua quiere llegar a constituir un instrumento útil para todos los colaboradores. El autor por lo tanto gustosamente recibirá críticas y sugerencias prácticas para su mejoramiento, en vista a la formación de una base unívoca de investigación, y al propósito que la misma sea presentada el año venidero en su formulación definitiva".

Corpus Inscriptionum Paschalis Insulae. - La obtención del mayor número de datos para las tablas de clasificación temática de que acabamos de hablar, requiere necesariamente un proceso previo de observación y crítica de las fuentes gráficas fundamentales, esto es, del acervo de inscripciones en tabletas, *reimiro* y otros objetos que debemos reputar originales y atendibles. Esto no puede sorprender

a nadie, puesto que el estudio de la epigrafía de los Helenos, de los Romanos, Etruscos, etc., ha tenido que fundarse en análogas operaciones iniciales, y todos tienen algún conocimiento de los repertorios cuyo título es, respectivamente: *Corpus Inscriptionum graecarum, latinarum, etruscarum, etc.*

La diferencia está en toda desventaja numérica en lo que respecta a nuestros propósitos, porque todos saben que los ejemplares pascuanos salvados del olvido son muy escasos. Poquísimos textos, en verdad, mas por ello extremadamente preciosos, lo que nos obliga a ejercer una búsqueda sumamente acuciosa para aumentar en lo posible su número, y al mismo tiempo a mantener un austero control sobre su atendibilidad y autenticidad, época por época y estilo por estilo.

Para brindar al lector mayores datos sobre este *Corpus*, no veo mejor medio que traducirle una información sintética escrita por el propio Dr. Barthel:

Información sobre el CORPUS INSCRIPTIONUM PASCHALIS INSULAE.—
•La investigación del sistema gráfico de Rapanui hasta ahora no ha salido de la elaboración de monumentos literarios aislados. Los restos de estas tabletas de madera inscriptas dispersos en los distintos museos de ambos hemisferios, han sido publicados de muy variada manera, a menudo poco satisfactoria, lo que ha traído como consecuencia que la base para su desciframiento quede aún hoy absolutamente endeble.

Dentro del marco de una investigación sistemática de la escritura de la Isla de Pascua, el autor (con el auspicio del Museo de Etnografía de Hamburgo) ha dado comienzo a la iniciativa de establecer un llamado CORPUS INSCRIPTIONUM PASCHALIS INSULAE. Junto a la simple tarea de recolección de fotografías, calcos y demás reproducciones de los objetos conservados, se hará un inventario correlativo de las formas gráficas, mediante un adecuado sistema de siglas y números. En otro lugar se da noticia de las denominaciones a adoptar con el fin de resolver el problema de una nomenclatura convencional unificada.

El material gráfico, indicado numéricamente, puede entonces servir como punto de partida para el establecimiento de un detallado catálogo de signos por una parte, y por la otra para buscar repeticiones y paralelos. La utilización de métodos estadísticos nos dará de este modo una idea exacta sobre el número de veces que aparecen los distintos elementos de la escritura y sus variaciones de forma, lo que posibilita su agrupación en familias de signos y nos trae a luz la equi-

valencia de los símbolos. Las largas series que a primera vista se presentan sin articulación en las tabletas (*kohau-roŋo-roŋo*), podrán desglosarse progresivamente en subsecciones concadenadas, para las cuales existen mejores probabilidades de desciframiento combinatorio. Este caudal de formas gráficas, así elaborado, nos ayudará también en el reconocimiento de las reglas de escritura usadas, permitiéndonos asimismo dar una mirada a los ocultos principios del proceso de la asociación de los signos.

Dentro del CORPUS INSCRIPTIONUM PASCHALIS INSULAE, las tablas, así como los demás objetos que lleven signos de escritura, serán señalados con letras mayúsculas. Hasta donde se conoce su lectura, sus caras serán señaladas con las letras minúsculas *r* y *v* (*recto* y *verso*); en los demás casos con la denominación arbitraria *a* y *b*. Los distintos renglones en cada fachada serán señalados mediante cifras arábigas. Según este sistema, por ejemplo, será marcado con "Br2" el segundo renglón de la cara anterior de la tabla *Aruku-kurenga*. Con "Br2" entonces se señalaría el conjunto de los signos que allí aparecen.

La lista siguiente coincide en su ordenación con la detallada y fidedigna agrupación de Imbelloni (1951). Se diferencia únicamente en que el N° XXIV de Imbelloni no fué incorporado, ya que se trata de la llamada "Tabla de Papeete", la cual es solamente el redibujo de la parte media de las líneas 15-19 de la cara posterior de la muy conocida tabla *Aruku-kurenga*.

A	"Tahua"	Ar 1-Ar i, Av 1-Av 8
B	"Aruku-kurenga"	Br 1-Br 10, Bv 11-Bv 22
C	"Mamari"	Cr 1Cr k4m Cv 15-Cv 28
D	"Tablette échanrée"	Dr 1-Dr 7, Dv 1-Dv 6
E	"Keiti"	Er 1-Er 9, Ev 10-Ev 17
F	Chauvet (fragmento)	
G	Tableta menor de Santiago	Ga 1-Ga 8, Gb 1-Gb 8
H	Tableta mayor de Santiago	Hr 1-Hr 12, Hv 1-Hv 12
I	Bastón de Santiago	1 1-13
J	Tableta "Tau" de Santiago	
K	Tabla de Londres	Kr 1-Kr 5, Kv 1-Kv 5
L	Reimiro de Londres	
M	Tabla de Berlín	
N	Tabla menor de Viena	Na 1-Na 5, Nb 1-Nb 5
O	Tabla mayor de Viena	
P	Tabla mayor de Leningrado	Pr 1-Pr 11, Pv 1-Pv 11
Q	Tabla menor de Leningrado	Qr 1-Qr 9, Qv 1-Qv 9
R	Tabla menor de Washington	Rr 1-Rr 8, Rv 1-Rv 8
S	Tabla mayor de Washington	Sa 1-Sa 8, Sb 1-Sb 9?
T-W	Fragmentos de Honolulu	

En este registro se han señalado todos los casos en los cuales aparecen paráfrasis del mismo texto en distintas tablas. Esto sucede en H, P y Q, así como en Ga y K.

Este anteproyecto de un riguroso CORPUS INSCRIPTIONUM PASCHALIS INSULAE sólo puede ser realizado satisfactoriamente mediante una estrecha colaboración y conjunción con otras instituciones y sabios interesados en él. Un generoso intercambio de materiales y observaciones sin duda aliviarán considerablemente la obra.» *Thomas S. Barthel, Hamburg.*

Supongo que por medio de esta transcripción literal habré logrado que los lectores se den cuenta exacta del renovado tesón con que la ciencia ha reverdecido el viejo deseo de resolver el problema gráfico de Pascua. Sólo el futuro dirá si estos esfuerzos están destinados a romper la dura costra de la incógnita; esto no quita que desde ya pueda apreciarse la eficacia de las tentativas actuales en lo que respecta a la metodología.

En lo que concierne al estado presente del *Corpus*, que es hoy materia candente, RUNA está orgullosa no sólo de haber compilado el primer registro orgánico, sino principalmente de haberlo enriquecido con un eslabón inédito: la tableta del Poike (Santiago X) que en la lista definitiva figura con la letra J.

Eficacia de la sistemática de Barthel. - Que el conocimiento de la escritura pascuana haya hecho en estos últimos años algunos pasos decisivos con relación a la organización del equipo de sus escudriñadores, he tenido una prueba en estos últimos meses, prueba que ha confirmado además la bondad del sistema de Barthel y su admirable versación en tan oculto problema.

El objeto en examen ha sido una pequeña laja de piedra amarillenta que mide 15 cm en su diámetro mayor y 6,68 en el menor, con espesor de 1,1 a 0,5 mm, grabada en ambas superficies: en el *verso* lleva tres figuras relativamente grandes análogas a los *manu-uru* de Orongo y otra del ave fragata; en el *recto* cinco renglones de glifos, parecidos a los de las tabletas, que comprenden $8+12+16+13+14=63$ signos.

La piedra procede de la magnífica colección del Dr. Edwyn Reed, de Valparaíso, al cual solicité las noticias referentes a su procedencia. El Dr. Reed, que en su pequeño museo ha reunido piezas del mayor interés, se mostró algo escéptico con referencia a esta pieza, diciéndome que la obtuvo su hijo, el capitán Fernando Reed, de la Armada

chilena, en su viaje a la isla, hace unos 4 ó 5 años, de Tepano, el conocido pascuano que fué informante de muchos etnógrafos. “Le aseguró que la tenía de sus abuelos, y no sabía nada más. Pero —agrega el

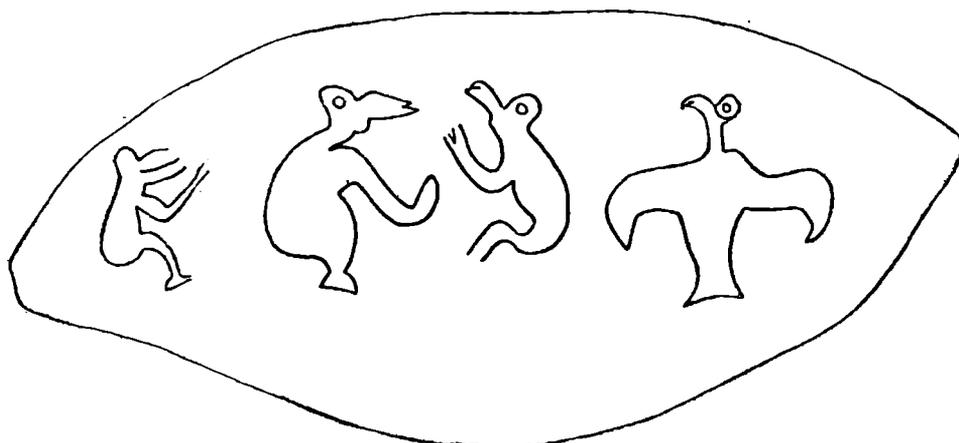


FIG. 3

concienzudo Dr. Reed— no he visto otra en manos de particulares, ni hay en la isla ahora. Hasta qué punto se puede dar crédito a los Pascuenses es difícil decirlo, pues Vd. bien sabe que son muy mentirosos”¹.

Al recibir estos informes, me decidí a remitir un buen calco de ambas caras al Dr. Barthel, haciendo notar de antemano que los

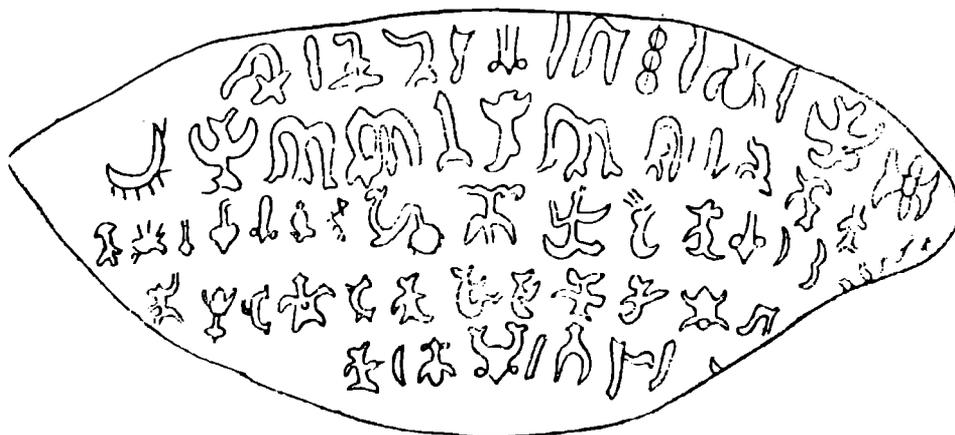
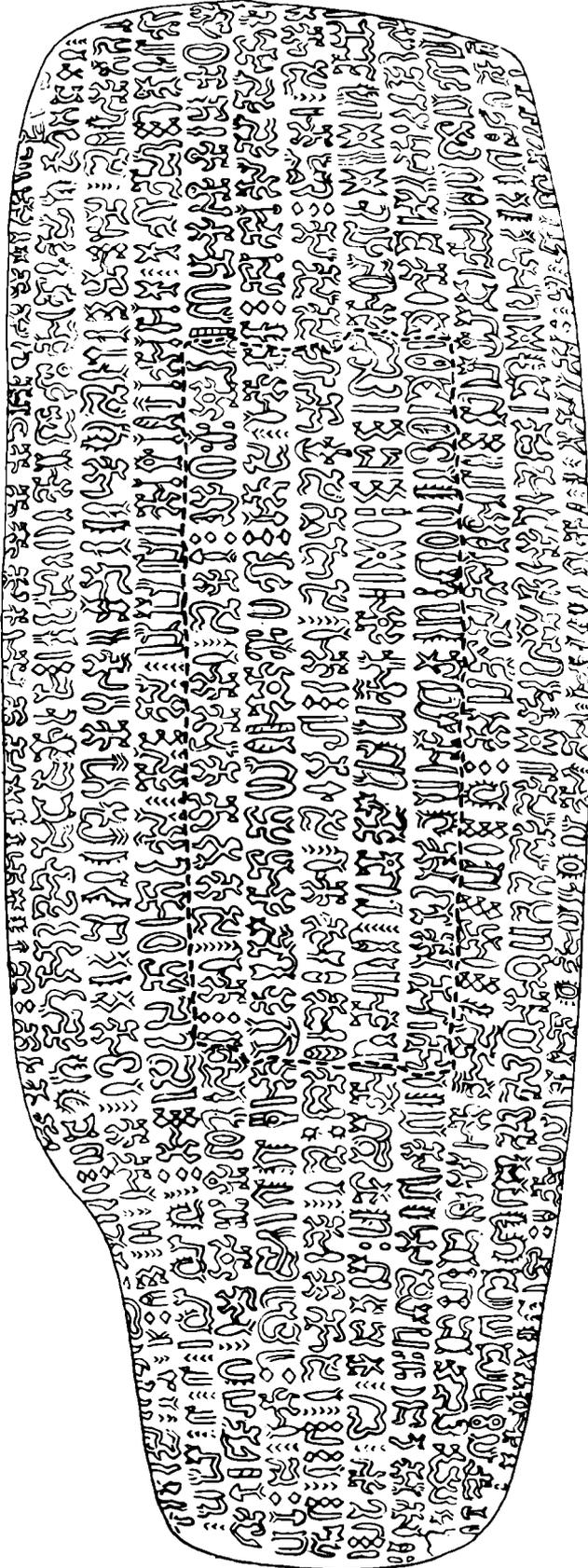


FIG. 4

cinco renglones no siguen la ordenación característica de las líneas en las tabletas clásicas (anticéfalas y respectivamente antípodas), y que la materia pétreo de esta lámina inscripta constituye un hecho

1. Carta del Dr. E. Reed de fecha 14 de abril de 1954.



Esquema de la tableta Araku-Kurenga (v.). Los glifos comprendidos en la porción recuadrada en rojo son los transcritos por el oficial contador J. Weisser en Tahiti (1878).

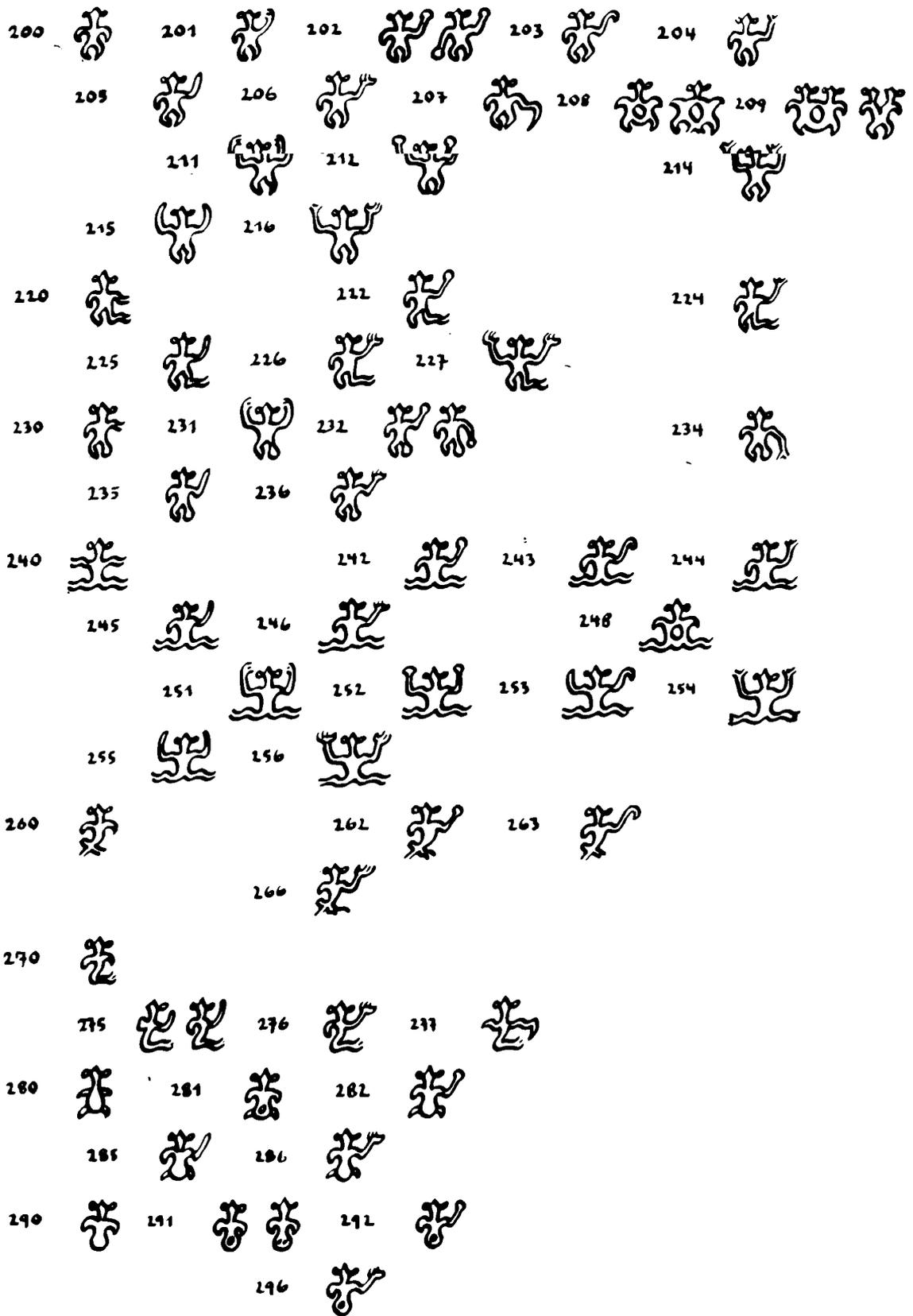


LÁMINA XVI. Glifos de Pascua clasificados por Barthel. Tabla III (200-299). Figuras humanoides con el rostro vuelto hacia adelante.

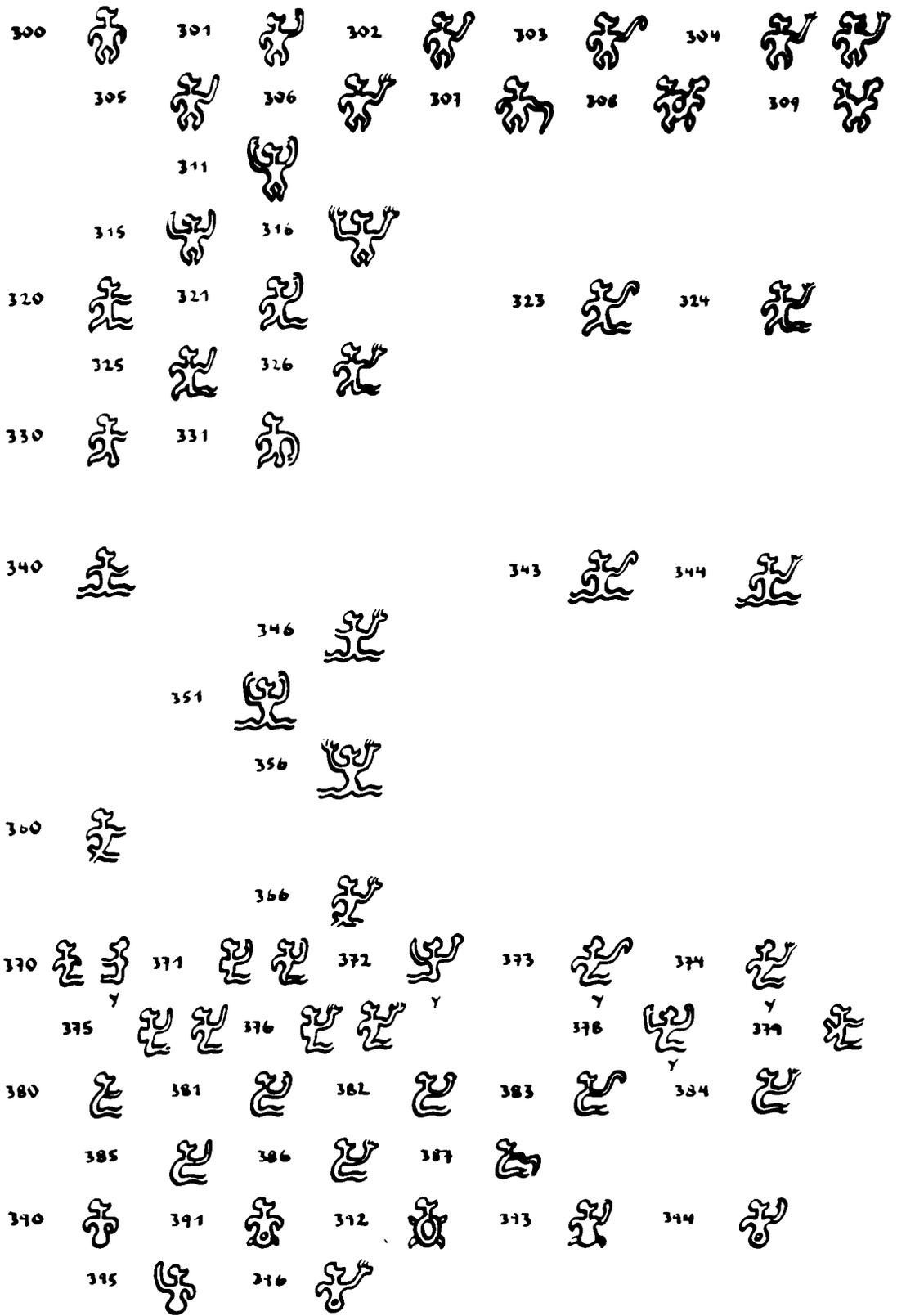


LÁMINA XVII. — Tabla IV de Barthel (300-399). Figuras humanoides con el rostro vuelto lateralmente.

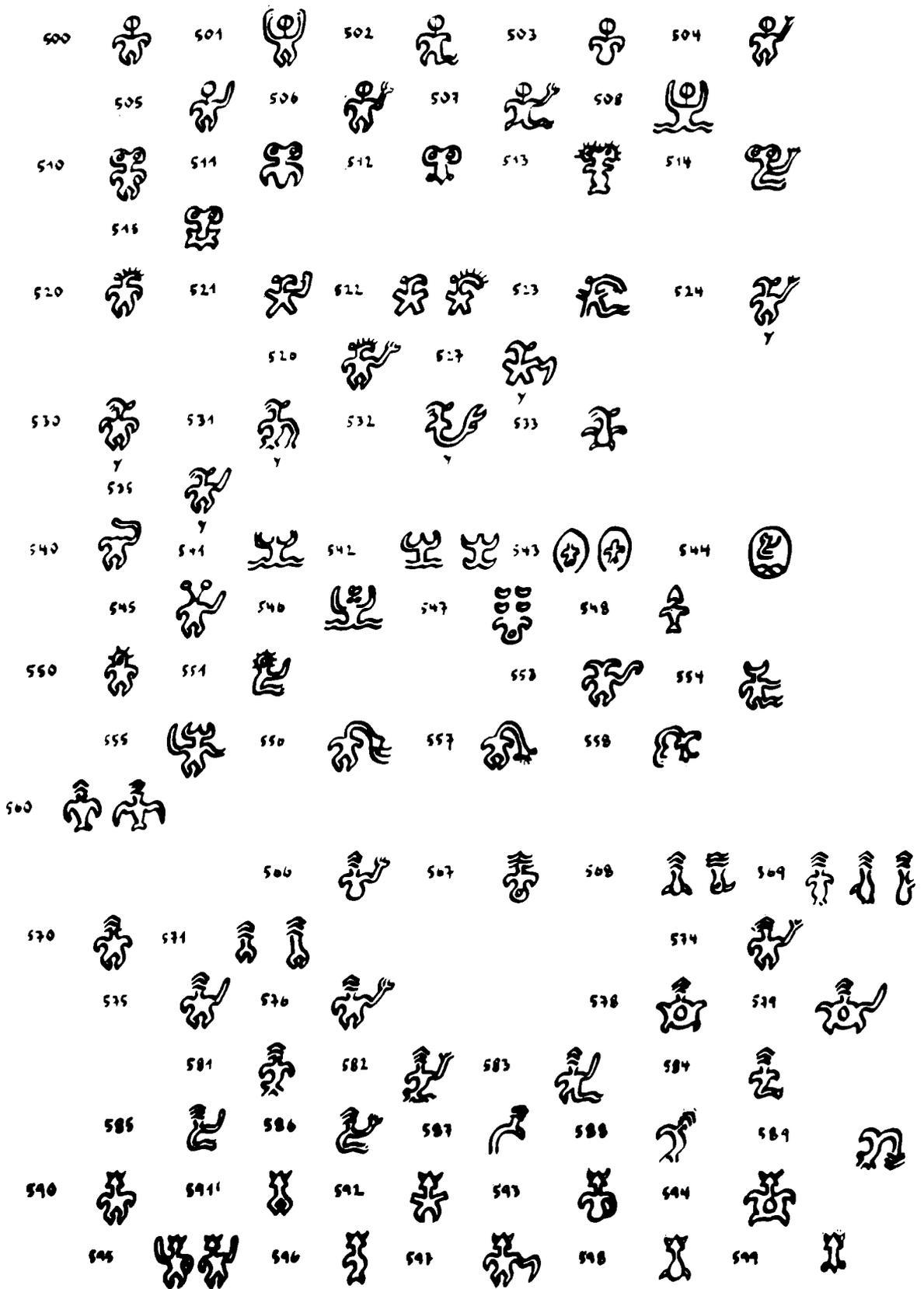


LÁMINA XVIII. Tabla VI de Barthel (500-599). Figuras humanoides con cabezas de formas especiales.

inusitado. Por otra parte cada glifo *per se* está dibujado según el canoh de las tabletas, mas no con la misma delicadeza en el trazo o en los detalles.

El Dr. Barthel me ha informado lo siguiente, en su carta de fecha junio 1 de 1954:

«Una confrontación con el catálogo de signos dió como resultado que el texto de esta laja corresponde a las líneas 7 y 8 de la cara anterior de la tableta *Tahua* (A): una parte de cuya línea del borde corresponde al texto 3-2-1 de la laja, un trozo de la vecina al texto 3-4-5. En la *Tahua* los signos de ambos renglones se sitúan, correctamente, cabeza contra cabeza. En la laja además el tránsito de una línea a la siguiente se hace en oposición a las reglas de esta escritura, ya que sigue el sistema de nuestra lectura usual. La comparación con los signos de la *Tahua* nos enseña por otra parte que las figuras se han reproducido en la piedra con frecuentes descuidos, cuando no con errores, dando lugar a omisiones y repeticiones. Contra la hipótesis de su genuinidad se levanta el hecho que se han extraído de la *Tahua* *r (recto)* dos trozos que no se relacionan. Atendiendo a la forma de los signos, a la ordenación de las líneas y a la elección del texto podemos deducir que el 'autor' no tenía real familiaridad ni entendimiento de las peculiaridades de este sistema gráfico. Sus conocimientos provenían en su mayor parte del libro de divulgación popular de SCHULZE-MAIZIER; *Die Osterinsel*, en cuya pág. 21 figura una tableta no determinada, que en realidad procede de haber redibujado la parte media anterior de la tableta *Tahua* y de su porción posterior izquierda. Las dos líneas superiores del dibujo coinciden con el texto de la laja pétrea; los sectores de la *Tahua* identificables en la laja repiten en la forma y el modo la transcripción de aquel libro! El punto de partida para las líneas 3-2-1 se encuentra en el borde izquierdo de la 2a. línea arriba, y el de las líneas 3-2-1 en el borde derecho de la línea superior. Partiendo de allí se han copiado tantos signos más o menos parcialmente, como lo permitía el espacio de la piedra. El mismo libro, finalmente, contiene la explicación de las 4 figuras de la otra cara; los 3 hombres-pájaros y el ave; en la pág. 153 (figs. 16-19) se encuentran esas representaciones incluso en la idéntica posición. En resumen, he llegado a la conclusión que esa tableta de piedra es obra de una falsificación, cuyo autor ha tomado la inspiración del libro de Schulze-Maizier. Este libro salió alrededor de 1932, lo cual quiere decir que la laja fué inscripta con posterioridad. Naturalmente, no puede incluirse en el CORPUS. Cordiales saludos de su Dr. T. Barthel.»

He creído oportuno reproducir el informe del profesor de Hamburgo, no sólo para responder con la conveniente exactitud al pedido del Dr. Reed quien me interpeló sobre la sospechosa autenticidad de la pieza, sino también para dar una idea de la eficacia que se está ganando en el estudio del sistema gráfico y la 'literatura' de Pascua.

La utilidad de esta página resulta otrosí evidente al considerar que ya tenemos una seguridad que pocos años atrás no se habría esperado, y un método, en el reconocimiento y la crítica de los falsos. Nace así la exigencia de que las colecciones oficiales y las particulares se apresten a someter a la prueba del fuego sus ejemplares, con el fin de depurar escrupulosamente el material en que la ciencia deberá fundar su honrada y trabajosa misión. Tal exigencia es tanto más imperiosa, cuanto más se afirma la certeza de que existen, al lado de falsos burdamente grabados por los isleños, otros de naturaleza menos sencilla y ruda, los que reclaman el cuidado de verdaderos especialistas.

Aportaciones chilenas. - Los lectores de RUNA IV y V conocen los nombres de las personas que desde las ciudades chilenas de Santiago y Valparaíso han venido colaborando con este Instituto de la capital argentina en el presente período de reflorecimiento de la indagación pascuana. Cada uno en la medida de sus posibilidades, estos voluntarios cooperadores aportan la contribución de sus conocimientos petrográficos, su experiencia de viajeros, su virtuosidad en la fotografía y su agudeza de observador o fidelidad de dibujante, y a menudo también la generosidad del coleccionista. Que esta suerte de flanqueamiento sea de gran interés no sólo para este Instituto, sino igualmente para el de Hamburgo, es cosa que no necesita demostraciones. Yo he conocido personalmente los objetos que en nuestras páginas son nombrados de continuo (estatuitas, bustos, tabletas, etc.) mas de momento en momento surge la exigencia de nuevas observaciones sobre particulares facturas y rasgos, que de modo alguno podrían realizarse en las fotografías, ni recabarse de la memoria. Uno de mis más asiduos coadyuvadores es el señor BELTRÁN CATHALIFAUD, de Santiago, cuyo nombre se lee también en RUNA IV. Actualmente está dedicado a un trabajo que no sólo reclama fidelidad y paciencia, sino también notable intuición, que permita resolver una dificultad que hasta el momento no ha tenido soluciones apropiadas.

Se trata del famoso bastón de madera dura, inscripto, que se encuentra en Santiago de Chile, designado con la letra I en la lista

del *Corpus*. Contiene este 'bastón' o 'cetro' una de las más importantes inscripciones pascuanas, no sólo por estar grabada en el leño con una precisión y claridad asombrosas, sino por el gran número de signos (he calculado que en total supera los 1.500 glifos) manteniéndose muy cerca de la *Tahua* (1.547) y rebasa la suma de la *Arukukurenga* (1.135). La forma del sólido, que lo distingue tan netamente de las tabletas, fué un serio inconveniente para el escriba que llenó su superficie de signos, y para el estudioso que hoy desea seguir ordenadamente los renglones que cubren la porción cilíndrica y las dos cabezas, superior e inferior. Por una parte son éstas desiguales, quiero decir, una de mayor y otra de menor diámetro, y por la otra las líneas inscriptas son 12 en una sección del cilindro y 13 en la otra.

El texto del bastón cuenta con una sola tentativa de reproducción, la de 1875, realizada por Philippi, que es aceptable con relación a cada elemento o glifo, pero escasamente explícita en lo que concierne a la secuencia de los renglones, que constituye ahora para nosotros el punto principal. Hemos estado discutiendo amablemente sobre cuál podría ser la manera de reproducir con exactitud este texto tan aberrante. En febrero último se ha convenido experimentar la eficacia de un sistema que el mismo Sr. Cathalifaud me propuso: "hacer un calco completo del cilindro y traspasarlo a una hoja, la cual pueda después enrollarse formando un cilindro de tamaño igual al original; de tal modo —y con el agregado de ambas cabezas— la interpretación del orden de los signos podrá hacerse sobre ese cilindro, el que conservará todas las dimensiones del "bastón". Estoy en este momento a la espera del resultado de la iniciativa del Sr. Cathalifaud, la que nos permitirá ciertamente analizar con mayor seguridad las características de esta inscripción que es de las más importantes, y sin embargo, quizá la menos conocida.

Las gallinas de huevos azules. - Otro muy apasionado estudioso de Pascua es el Dr. OTTMAR WILHELM G., titular de Biología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción (Chile), quien ha visitado repetidas veces la Isla, y por último me ha traído las más recientes noticias sobre mi viejo amigo el PADRE SEBASTIÁN.

Una interesante referencia a la Isla de Pascua ha aparecido en el reciente estudio¹ del prof. Dr. Wilhelm dedicado a la raza gallinácea

1. WILHELM G., OTTMAR: *La gallina araucana* (estudios genéticos, 1ª comunicación), en "Boletín Soc. de Biología de Concepción, Chile", t. XXVIII, 1953, pp. 119-127.

de peculiares características que ha dejado algunos vestigios en los criaderos vernáculos de Chile. El lector podrá consultar con provecho el artículo que en este mismo volumen está dedicado a la gallina araucana, la que pone huevos azules.

El Prof. Wilhelm comenzó a interesarse por este problema en 1944, después de un viaje a California que le permitió cambiar ideas con el Prof. CARL SAUER, otro agudo especialista de las migraciones de floras y faunas a través de mares y continentes. En el mismo año Wilhelm hizo la primera de sus cuatro visitas a Pascua, "donde pude comprobar la existencia de algunas gallinas que ponían también huevos azules". El hecho era apropiado para suscitar en él sugestivos interrogantes: "¿Son autóctonas de la Isla de Pascua? ¿o han sido llevadas a Pascua desde Chile? ¿o vice-versa? Recordemos que se sostiene por un lado que la gallina doméstica no existía en la época precolombina, sino que fué introducida por los españoles".

Debemos a la gentileza del Prof. Wilhelm una fiel transcripción del texto alemán de K. FR. BEHRENS, el relator del viaje de Roggeveen y del descubrimiento de Pascua². El texto narra que los pascuenses trajeron a los alemanes regalos consistentes en frutas, caña de azúcar, raíces y gallinas. Y al ver la intención amistosa de la gente desembarcada, los isleños trajeron luego otras 500 gallinas vivas. "Estas gallinas —agrega— son parecidas a las de Europa" (literalmente: *Diese Hühner ähnen denen Europas*). De esta última frase emerge claramente que no se trataba de la gallina europea, sino de otra semejante, que todo induce a creer que fuera emparentada con la variedad araucana.

El asunto se presenta tan interesante, por sus conexiones con la historia del Pacífico y sus relaciones con los pueblos de la América occidental, que hemos rogado al prof. Wilhelm no nos haga faltar informes sobre el resultado genético de los experimentos que ha iniciado en el laboratorio biológico de la Universidad de Concepción (Chile).

J. IMBELLONI

2. KARL JOHANNES FRIEDRICH BEHRENS: *Bericht über seinen Aufenthalt auf der Osterinsel.*